

Don Nicolás y don Leandro Fernández de Moratin. Su perspectiva renovadora de la cultura hispánica en el análisis y pensamiento de un argentino

por

Eduardo Ricardo Perez Calvo

PRIMERA PARTE. DOS VIDAS.

1. Don Nicolás Fernández de Moratin. Flumisbo Termodonciaco (epitome)¹

De familia noble de Asturias, nació en Madrid el 20 de julio de 1737; sus padres fueron don Diego, natural de Madrid y doña Inés González Cordón, natural de Pastrana, de honrada familia de labradores de la misma villa. Don Diego, era jefe de guardajoyas de la reina doña Isabel de Farnesio, la cual, muerto su esposo Felipe V, se retiró, acompañada de su hijo don Luis, al sitio de San Ildefonso, en donde permaneció durante el reinado de Fernando VI. Allí recibió Moratin su primera instrucción y manifestado su talento, muy superior al de sus otros hermanos, quiso su padre que siguiera la carrera de las letras, y le envió a cursar filosofía al colegio de los jesuitas en Calatayud. Pasó después a Valladolid a estudiar Leyes, alternando las lecciones de la escuela con la amenidad de los poetas clásicos griegos y latinos, arrebatado por una inclinación vehemente que le hacía preferible aquella instrucción a cuantas ofrecen la juventud y la libertad.

Graduado en leyes volvió a San Ildefonso, en donde se casó muy a gusto de sus padres y de la reina, quien inmediatamente le nombró ayuda de su guardajoyas y muchas veces, melancólica le llamaba su cuarto y le pedía noticias de la vida escolástica y se reía

¹ Esta vida fue escrita por Leandro, cumpliendo la voluntad de su padre, cuando en 1821 publicó en Barcelona la colección de sus obras póstumas, con arreglo al manuscrito que pocos meses antes de fallecer confiara a su amigo don Ignacio Bernascone.

con las graciosas descripciones que le hacía del ridículo ceremonial, de las borlas, trabajos y angustias de las posadas, músicas, vítores, palizas y excursiones nocturnas que padecían las calderas mal cocinadas de Valladolid.

Con la muerte de Fernando VI cesó el retiro en que había vivido doce años la reina madre y entró en Madrid, con alegrías de triunfo, y en calidad de gobernadora, en tanto que su hijo Carlos III llegase a España.

Restituido Moratin a su patria, que no conocía, tuvo ocasión de observarla, vio sus bibliotecas, sus espectáculos, sus fiestas populares, sus tribunales, sus templos; procuró el trato de aquellos que más sobresalían en el estudio de las ciencias, y de las artes, y a pocos meses de haber llegado ya era amigo de don Luis Mison, insigne músico, del escultor Felipe de Castro, de don Juan de Iriarte, del erudito maestro Flórez, de don Agustín de Montiano, de don Luis Velásquez, y de la incomparable cómica María Ladvenant.

Destaca Leandro, con cierta injusticia, que en aquel siglo no se había dado paso alguno que no fuese encaminado a su decadencia. Que en vano el benemérito Ignacio de Luzán quiso estimular a sus conciudadanos con la doctrina y el ejemplo. Su “Poética” impresa en 1737 no se leía en 1760 y sus composiciones líricas, en que se celebró los esfuerzos que comenzó a hacer las bellas artes, se oyeron con privado aplauso en la Academia de San Fernando, pero no sirvieron de otra cosa que abultar los Cuadernos de sus actas.

Don Agustín de Montiano, su compatriota y amigo, con menos ingenio pero no inferior cultura, había publicado dos tragedias: *La Virginia* y *El Ataúlfo*, arregladas y decorosas, que nunca fueron representadas y también dos discursos críticos en que resumiendo la historia del arte recomendaba los buenos principios que nadie pensaba seguir. El teatro, agitado por las parcialidades de *chorizos*, había llegado a la mayor corrupción. La poesía lírica era toda paronomasias y equívocos, laberintos, ecos, retruécanos, y cuanto desacierto es imaginable: en el género sublime, hinchazón, oscuridad, conceptos falsos, metáforas absurdas; en el gracioso, bufonadas truhanescas, chocarrerías, chistes obscenos, ninguna

imitación de la naturaleza, visible o patética, ningún concepto del arte que moderase o dirigiese los ímpetus de la fantasía.

El reinado de Carlos III comenzó con lisonjeras esperanzas, que en parte se cumplieron. Adquirió la nación un nuevo espíritu, deseoso de adelantar y perfeccionarse. Por todas partes se veían los efectos de su actividad. La prudente libertad que se dio a la imprenta floreció en notables periódicos y muchos literatos publicaron obras útiles de todos los géneros de buen estilo y erudición.

Don Nicolás escribió en aquella época *La Petimetra*, comedia sujeta al rigor del arte, primera original que se había escrito en España, con este requisito. Y *La Lucrecia*, tragedia igualmente estimable por su regularidad. Esta última se conoció en 1762 con una dedicatoria a la duquesa de Medinasidonia, y una disertación preliminar y poco después se imprimió *La Lucrecia*, con otro discurso, pero ninguna se presentó.

El teatro español estaba entonces tiranizado por estúpidos copleros, administrado por cómicos del más depravado gusto, y sostenido por una plebe insolente y necia, sólo se alimentaba de disparates.

Con cierto desdén y resquemor, censura don Leandro su hijo, que Calderón gozaba en aquella época de tal concepto, que parecía atrevimiento sacrílego notar defectos en sus comedias o en sus celebrados autos sacramentales, que repetidos en la escena entretenían al vulgo de todas clases y perpetuaban los aplausos de su famoso autor. En tales circunstancias Nicolás publicó tres discursos que intituló *Desengaños del teatro español*, escritos con todo el acierto de un hombre de buen gusto y con todo el vuelo de un ciudadano interesado en los progresos y la gloria literaria de su nación. En ellos manifestó los defectos de que abundaban las piezas antiguas, igualmente que las modernas con que los poetas chabacanos enriquecían a los cómicos, autorizando cada vez más la irregularidad y la ignorancia. En los dos siguientes discursos probó que los autos de Calderón, tan admirados de la multitud, no debían sufrirse en una nación que se preciase de ilustrada y católica, así por el abandono de todas las reglas, que en ellos se advierte, como

el desierto con que estaban tratados los dogmas de la religión, la violencia con que se interpretan y acomodan los textos de la Escritura y el inconveniente gravísimo de presentar a vista del pueblo, con toda la ilusión que presta el teatro, unas acciones cuya imitación dramática degrada la majestad de la ley y sus altos misterios, dignos sólo de existir para enseñanza nuestra en los libros sagrados, o de oírse en el templo como asunto peculiar de sus más elocuentes ministros.

No hay para qué decir –remarca su hijo y biógrafo- cuanta oposición sufrieron estos discursos, cuantos necios escritos se publicaron contra ellos, cuanto abominaron de su autor los cómicos, los protectores de los cómicos, y los fanáticos sostenedores de la barbarie; baste decir que apenas salió a la luz el tercer discurso, prohibió el gobierno la representación de los autos. Época memorable para los fastos del teatro español que nunca podrá recordarse sin elogio de aquel escritor juicioso e intrépido a quien se debió tan útil reforma.

Con enemigos, fue no obstante valorado por los doctos y de tal forma la Academia de los Arcades de Roma pronto lo recibió como miembro dándole el nombre – que ya recordamos – de *Flumisbo Termodonciaco*. El marqués de Ossun, embajador de Francia en Madrid (en cuyo destino permaneció diecisiete años), mereciendo la confianza de ambas cortes, y la amistad de Carlos III, favoreció a Moratin, le trató con la franqueza más cordial, y le facilitó correspondencia con los distinguidos sabios franceses del tiempo de Luis XV. Napoli Signorelli, Bernascone, Conti, Bordón y otros eruditos italianos que residían en Madrid, apetecieron su amistad. Reparó la pérdida de su buen amigo Molintiano con la intimidad que mereció de don Eugenio Llaguno, más ilustre por la traducción de la *Italia*, que por los altos empleos que sirvió después, sujeto de fino gusto en la literatura y en las artes. Don Casimiro Gómez Ortega, erudito botánico y humanista, don José Clavijo y Fajardo, autor de la obra *El Pensador*, la más estimable de cuantas se publicaron entonces, y otros distinguidos literatos que proporcionaban a Moratin fácil consuelo en los disgustos que sus enemigos procuraban darle. Y aplicó su atención a reunir unas

poesías sueltas que tenía escritas publicó, en forma de periódico, con el nombre de *El Poeta, en 1764*, con prólogo en prosa. Poco después concluyó y publicó *La Diana*, poema didáctico dirigido al infante don Luis Jaime de Borbón, de quien había merecido desde su niñez una afición particular.

En esta obra Moratin manifestó cuanto podía esperarse de su pluma, y desde luego se conoció - exagera su hijo Leandro - que floreciendo en una edad menos infausta para las letras, sería digno sucesor de Luzán, y caerían en desprecio y olvido las musas tabernarias del Piscator salmantino, Julián de Castro, el marqués de Olmeda, Nieto, Rejón, Bazo, Camacho, Montoro, Benegasi, Navarro, Lobera, Bidaurre, Ibáñez, Furmento, Ninfo, Iparraguirre, Cernadas y otros mil, en cuyas manos perecía la poesía castellana, sin doctrina, sin decoro, sin arte.

Me atrevería a sugerir que con alguna frecuencia Moratín trocó la presumible serenidad objetiva del crítico con la pasión encendida del polemista. No todos sus adversarios merecen ser incluidos en tan baja jerarquía cultural. Por otra parte no debe olvidarse que las turbaciones políticas de 1766, interrumpieron por algún tiempo el progreso de las letras, mudaron la suerte y las costumbres del pueblo, hicieron suspicaz al gobierno y alteraron en gran manera los planes e ideas benéficas del soberano.

Nombró el rey al conde de Aranda, Presidente del Consejo y Capitán General de Castilla la Nueva: fió a su talento y prudencia el remedio de tantos males y es necesario convenir que no fue desacertada su elección. Al año siguiente salieron expatriados los religiosos de la Compañía de Jesús, mientras se pedía, con el mayor empeño, la disolución de la Orden.

Apunta Leandro Moratin que no ignoraba aquel gran político cual es la influencia del teatro en la cultura de la nación y advertía el estado de abandono en que se hallaba el nuestro y por ello solicitó a don Nicolás, en el ocio que le permitía la muerte de la reina madre, ocurrida el año anterior, se dedicara a componer obras dramáticas. El presidente del Consejo, entre tanto, mejoró los teatros de Madrid, arreglando su policía interior y exterior, cortando en su origen la discordia que reinaba en mucha parte de

ellos, reprimiendo las parcialidades de los que se llamaban apasionados, y dando al espectáculo mucha parte de la ilusión y el decoro que faltaban. Hizo traducir las mejores piezas del teatro francés e italiano; y aunque no logró que desapareciesen todas las monstruosidades de que se componía el caudal cómico, mandó representar algunas buenas traducciones, en que vio el público, una prueba certísima de que no están vinculados los aplausos a los desaciertos.

Cultivaba por entonces Moratin la amistad del célebre Cadalso; juntos frecuentaban la casa de la bella actriz María Ignacia Ibáñez, de la cual el último estaba gratamente enamorado, y era correspondido.

El grupo de amigos, sin embargo, por el transcurso del tiempo, se fue lentamente disolviendo. Conti se fue a Italia, Cadalso a Salamanca. Iriarte pasaba muchas temporadas en los Sitios. Ayala, debido a que padecía dolencias habituales, para cuyo alivio tuvo que retirarse a Grazalema, su patria, donde permaneció largo tiempo. Antes de salir de Madrid solicitó que Moratin se encargase de sustituirle en la cátedra, no queriendo dejarla en otras manos, interesado, como los demás profesores de aquel establecimiento, que no decayese el buen concepto que ya había empezado adquirir en el público.

Nombrado Moratin como sustituto en la clase de poética, con una parte de su dotación, halló en si mismo toda la disculpa que buscaba para desistir de un empeño a que sólo había podido inducirle el anhelo de mejorar su escasa fortuna. Dejó a un lado la “Curia Filípica” y otros doctos libros, no menos útiles, y trató de enseñar a los discípulos, que quisieran oírle, el camino más florido, aunque el más estéril, de la inmortalidad.

Les instruía en amistosa conversación, sin hacerles sospechar que los instruía. Indagaba con ellos la razón del arte y advertían libremente en las obras más célebres los descuidos y los aciertos. Repetía con frecuencia que él no enseñaba a nadie a ser poeta porque sin un favor especial de la naturaleza ninguno lo es; pero les prometía que con el estudio de la poética adquirirían buen gusto y sólida doctrina, para saber la dificultad que tiene el serlo, y estimar

el mérito de los más distinguidos autores. A la manera que en una escuela de bellas artes, si no se forman grandes artífices, resultan por lo menos aficionados inteligentes. Se burlaba de los dómines de aquel tiempo (pedantes por oficio y verdugos por inclinación) que hacían perder las horas más preciosas de la vida a los muchachos en medir dáctilos y pirriquios, componer epicedios² y genetliacos³ en la lengua de Marón, cuando en la suya eran incapaces de escribir una carta. No ejercitaba en sus alumnos la memoria, sino el entendimiento. Ni para captarse la benevolencia de sus padres o tíos les proponía un determinado número de preguntas, que debían ser puntualmente respondidas, a manera de letanía: ridícula instrucción a la cual se reducían todos los exámenes públicos que se hacían entonces. Decía que no hallaba diferencia entre este género de enseñanza y la que se da a los papagayos, de los cuales nunca se exige que entiendan lo que dicen, basta que lo digan.

En una ocasión, cuando el tío muy acomodado económicamente, le preguntó, teniendo en cuenta la grata disposición de su sobrino para la poesía, qué autores clásicos recomendaba, Nicolás respondió aleccionadamente que *griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles, franceses y españoles, ingleses y españoles*. No era cuestión de nacionalidad sino de dicción.

El estudio de nuestra lengua le mereció tan particular atención, que llegó a ser eminente profesor de ella. En 1775, con motivo de la heroica defensa de Melilla habiendo destruido una débil plaza, compuesta de jefes, soldados y presidiarios a un numeroso ejército marroquí, a instancias del marqués de medinasidonia y pedido de otros muchos, en seis horas repartidas durante en tres noches dictó la comedia a un escribiente, delante de algunos amigos. El marqués declarándose jefe de la conspiración había insistido en que Moratín consumara lo que el mismo denominara un “disparate”!: «*Desde ahora le digo a usted lo que será su comedia: un monstruo del arte,*

² Epicedio o epiceyo. Composición poética antigua que se recitaba delante de un cadáver.

³ En realidad genetliaca, sinónimo de galantería o requiebro.

*en que veremos la fantasía, la dicción y la sonoridad de Lope, ya que no sea posible hallar la regularidad de Racine».*⁴

Aplaudida en sus pasajes principales por Carlos III, a quien el marqués se apresuró a hacerle llegar; el rey, prudentemente, dado que la guerra continuaba y culminaría en la infeliz jornada de Argel, expresó:

*«Moratin es un gran poeta; mi madre lo quiso mucho, y yo aprecio su talento extraordinario; pero no se represente por ahora esta comedia. La guerra con Marruecos no se ha concluido, y no es conveniente fiarnos demasiado de la fortuna; a estos sucesos prósperos podría seguirse alguna desgracia. Esperemos que se haga la paz».*⁵

Por esos días se encontraba en Madrid un afamado poeta repentista italiano, especialidad lírica de la cual se proclamaban dueños exclusivos y no faltaron españoles con deseos de desafiarlo contando con la intervención de Moratin, quien asistió dos o tres noches, en la casa del embajador de Venecia, y quedó sorprendido al verle componer de repente sobre cualquier asunto que se le proponía, con buen plan, buenas imágenes, efectos oportunos, pura elocución, fáciles y armoniosos versos.

A ninguno de los que entonces cultivaban en Madrid la poesía, se le ocurrió el temerario intento de alternar con él, pero el duque de Medinsidonia miraba como una mengua nacional que Talassi pudiese decir que no había hallado en España quien se hubiera atrevido a competirle, como ya decía él de los franceses, entre los cuales había lucido exclusivamente su actividad. Signorelli a quien el duque habló sobre esto, le dijo que esa prontitud de poetizar se había hecho peculiar de Italia, por la abundancia de expresiones que presta el idioma, y lo cultivado y formado que está para la composición, en la cual la poesía repentista aplica fácilmente hemistiquios y aún versos enteros que pertenecen a otros autores, siendo muy difícil que se verifique con otra lengua, mientras el arte de decir de repente no se promueva, no se cultive, y no sea un medio seguro de adquirir estimación y recompensas.

⁴ [BAE Tomo Segundo](#), p. XI, Madrid 1846.

⁵ [BAE Tomo Segundo](#), p. XII, Madrid 1846.

Dijo también que aquella práctica (aún suponiéndola en hombres de muy fecunda imaginación. Buen gusto y erudición extensa) producía siempre composiciones más brillantes que sólidas, capaces de sorprender en el momento que se oyen; pero no tales que puedan sufrir impresas el detenido examen de la crítica. Añadió que la mayor pesadumbre que puede darse al más eminente poeta contemporáneo, es ponerle al lado un amanuense que vaya escribiendo lo que dice, y que si en España y Francia no se hallaban, como en Italia, improvisadores de crédito, era también de considerar que en ninguna de las tres naciones se habían impuesto de repente aquellas obras estimables con que se ha ilustrado la moderna literatura.

No obstante estas sólida razones, el duque tuvo particular empeño de que Moratin alternara con Talassi y al fin lo consiguió una noche en su casa, y a presencia de un concurso el más capaz de apreciar el mérito de los dos poetas. A Talassi le tocó en suerte la muerte de Adonis y a Moratin el paso de los Israelitas por el mar Rojo.

Uno y otro excitaron la admiración del auditorio; y es necesario suponer que en la preferencia que obtuvo Moratin no dejaría de tener parte el espíritu nacional; pues por más imparciales que se quiera suponer a los oyentes, uno de los poetas era español y le juzgaban españoles.

El duque proponía repetir el certamen alguna otra noche pero Moratin, caballerescamente, mientras abrazaba al poeta italiano, se negó argumentando que eso de hacer versos de repente no era para todos, ni para todos los días, y lo que en él podrá ser una gracia, en Talassi es un ejercicio de muchos años. Si hemos alternado dignamente bástele a V .E. esta prueba y no se estorbe a mi la satisfacción de ser su amigo. Y así, entre vítores y aplausos Talassi y Moratin, con hondas demostraciones de afecto sellaron definitivamente su amistad. En medio de estas agradables tareas, por ese tiempo, Nicolás, interesado también en la prosperidad de los pueblos, hizo pública una «*Memoria sobre los medios de fomentar la agricultura en España, sin perjuicio de la cría de los ganados*».

En 1777, dedicada al duque de Medinasidonia, concluye y sale impresa su tragedia Guzmán el bueno, muy digna de elogio que jamás fuera representada y a la que dedicaremos más adelante algunos párrafos.

También se incorporó a la Sociedad Económica de Madrid, única corporación española de la que quiso ser miembro. En ese sentido, hartos elocuentes resultan los conceptos que utilizara para no participar de la Real Academia de la Lengua.

Según conjetura su hijo y biógrafo, aun pudiera existir entre los papeles de don Eugenio de Llaguno ⁶ (e irritarle, sugeriría yo,) una carta que le escribió su padre al Escorial, en respuesta a las instancias de aquel para que solicitase entrar en la Academia española, asegurándole que sería admitido inmediatamente en ella. Nicolás, desabridamente, entre otras cosas, que acaso, por discreción, omitió Leandro, respondió textualmente: «...ninguno se mete monje de San Benito, si la regla de San Benito no le gusta. A mi no me agradan los reglamentos de la Academia, y mientras no se hagan otros, no seré yo miembro de aquel cuerpo. El sólido mérito debe hallar abierto el paso a las sillas académicas, señor don Eugenio; no ha de facilitarle el favor o la súplica. Si la Academia ha de valer algo, necesita de los sabios, y estos para nada necesitan de la Academia. No puede concebirse absurdo más torpe que el de exigir un memorial de los aspirantes, como si se tratara de pretender un estaquillo. Aun por eso nuestras congregaciones literarias significan tan poco en la Europa culta. Cualquiera que repase la lista de sus individuos (exceptuando unos pocos) creerá que está leyendo la de los hermanos del Refugio, Esta escasez de nombres de mérito no se suple con bandas ni blasones, que allí no son del caso; tales dijes parecen muy bien al pie del trono; pero en una corporación científica son cosa intempestiva, ridícula e incómoda. Tan injusto me parecería ver a Ayala con la gran cruz de Carlos III y la casaca de gentilhomme, por haber escrito la Numancia, como le parece ver a un ignorante

⁶ Eugenio Llaguno y Amirola (1724-1799), erudito, escritor e importante político español, miembro de la Real Academia Española y Secretario de la Real Academia de la Historia.

que lo hagan académico porque se llama Osorio, Manrique o Téllez Girón. Mientras estas equivocaciones no se remedien (vuelvo a repetirlo) mientras no se hagan nuevos estatutos, nuestras academias servirán sólo de aparentar lo que no hay, de añadir una hojas más a la Guía de Forasteros»⁷

Es de suponer, que con estas opiniones, Nicolás no tendría posibilidades de obtener el premio concedido por la Academia en 1777 por su canto heroico a la quema de sus naves por Hernán Cortés, pero ni siquiera obtuvo el accésit. Ello determinó que resolviera no participar nunca más en un concurso organizado por la Academia. Y los últimos años de su corta vida le ocuparon atenciones domésticas, encargos de la Sociedad Económica, la enseñanza de sus discípulos, corrección de sus obras y la correspondencia literaria con los amigos ausentes.

Se retiraba los veranos al pueblo de Alcarria; allí atendía el cuidado de su salud, que sucesivamente se iba debilitando. Asistía a los afanes rústicos de aquella gente laboriosa, abatida y mísera; alternaba en sus conversaciones, se divertía en sus rudas fiestas, hallando en su trato los mismos afectos, los mismos vicios que en las sociedades más corrompidas (donde sólo es diferente el objeto que los estimula). Huía muchas veces de los hombres para entregarse a la contemplación de la siempre hermosa naturaleza. La fecunda vega de Almonacid, las cumbres de Altamira, el castillo de Zorita, famoso en la historia (ya destruido por las guerras y el tiempo), los precipicios donde se derrumba espumoso el Tajo, el desierto hórrido de Bolarque, (morada que usurpan a las fieras los hombres desengañados y penitentes), todo acaloraba su fantasía y excitaba su talento.

Allí encontraba la independencia, la tranquilidad que anheló siempre su corazón, y en alguno de aquellos pueblos premeditaba establecerse en adelante, y prevenir la vejez y la muerte; pero no le fue posible verificarlo: sus obligaciones le precisaban residir en Madrid, donde agravándose los achaques de que adolecía, falleció el 11 de mayo de 1780, a los cuarenta y dos años de su edad.

⁷ [BAE Tomo Segundo](#), p. XVIII. Madrid 1846.

Las palabras finales de su biografía evidencian conmovedora enjundia en Leandro y conservan aún hoy su fuego y vigor afectuoso. Vivió en aquella medianía que recomiendan los sabios: No padeció las angustias de la pobreza, ni los estímulos de la ambición. Su templanza, su cortesía, su ingenio, su erudición, su carácter indulgente y sencillo, le adquirieron muchos y excelentes amigos en todas las clases de la sociedad. La envidia lo persiguió por los medios más viles y sólo opuso a sus tiros la estimación de los hombres de bien y su propia conciencia. Acompañado de su fiel esposa y de un hijo, cuya educación mereció todo su desvelo, sabía olvidarse de los desabrimientos y de los aplausos que le adquiriría su celebridad, gozando de los deberes de esposo y padre aquellas delicias que sólo saben disfrutar las almas sensibles y virtuosas. Conoció y practicó la filosofía del arte aplicado a la composición poética, examinando la razón y necesidad de los conceptos. Se familiarizó desde su primera edad con la lectura de los historiadores, oradores y poetas antiguos, modelos de la mayor perfección a que ha sabido llegar el talento humano. Estudió la lengua de su nación, su historia, sus leyes, sus ya olvidadas costumbres y a la imitación de los más eminentes poetas nuestros añadió la de italianos y franceses, emulando de los primeros la fantasía y sonido armónico y de los segundos el método, la exactitud y la doctrina. Halló la poesía castellana en el último grado de corrupción: y él se atrevió a sostener nuevos principios, y a combatir errores, nacidos del mal gusto que generalmente se extendía a todos los ramos de la literatura. Desterró del teatro aquellas composiciones absurdas que habiendo tenido su origen en los siglos de barbarie, llevó después a tan alta estimación el más ingenioso de nuestros dramáticos. Dio ejemplos en la escena española de una regularidad que se consideraba impracticable. Adelantó los progresos de la poesía lírica; y habiéndola encontrado grosera y trivial en manos de ignorantes, la dejó elegante, florida, patética, docta y armoniosa, a los que le siguieron después.

De tan bella manera da por concluida su esmerada biografía: *«Gran dificultad ofrecen las artes, si ha de sobresalir en ellas, el que las cultiva: pero atreverse a prescindir de la opinión y de la*

*costumbre, luchas intrépido contra la tenacidad de la ignorancia, hallar nuevos vocablos para conseguir el acierto, fijar el gusto, y demostrar con obras dignas de aplauso la utilidades de la innovación, es fatiga reservada sólo para aquellos talentos extraordinarios que produce la naturaleza no muchas veces».*⁸

La muerte prematura dejó inconclusa la madurez intelectual de un talento singular.

2. Vida de don Leandro Fernández de Moratin.

Me cobijo en cercanos y sagaces conocedores, que citaré oportunamente, del más notable dramaturgo español de fines del siglo XVIII y comienzos de siglo XIX.

Nació en Madrid el 10 de marzo de 1760. A los cuatro años fue atacado de unas viruelas malignas que después de ponerle al borde del sepulcro, le dejaron desfigurado y desde entonces, como dice su biógrafo don Manuel Silvela, perdió su genio alegre, bullicioso y amable con todos y volvióse tímido, receloso y taciturno: calidades que no tuvieron corta influencia en los sucesos del resto de su vida.

Aprendió los primeros rudimentos en la escuela de don Santiago López. Acabadas las horas de la escuela, de la que no guardó mayores recuerdos, en su casa veía los amigos de su padre y adquirió un desmedido amor al estudio. Leía *don Quijote*, el *Lazarillo*, *las Guerras de Granada*, libro deliciosísimo para mí (confesaría); la historia de Mariana, y de todos los poetas españoles, de los cuales había en la librería de mi padre, escogida abundancia. Esta ocupación y la de ir a ver a mi pobre abuelo, a quien ya reducían los achaques y los largos años, a salir muy poco de su casa, entretenían mi tiempo, y así pasé los nueve primeros años de mi vida, sin acordarme de que era un muchacho.

Empezó a ensayar su musa en composiciones anacreónticas llenas de infantil ternura, que dedicaba a una niña de la misma edad, hija de don Ignacio Bernardone, íntimo amigo de su padre,. Estos fueron sus primeros e inocentes amores y el origen de sus inspiraciones.

⁸ [BAE Tomo Segundo](#), p. XIX. Madrid 1846.

Descubiertas sus felices disposiciones para el dibujo hubo la intención de enviarle a Roma a estudiar con el célebre Mengs, llamado el pintor filósofo, pero la oposición de su madre, que no podía soportar la idea de la separación; el largo y costoso viaje y el presentimiento de su padre de una prematura muerte, inclinaron la preferencia hacia otro arte análogo al que había manifestado, capaz de proporcionarle una ligera retribución y ejercida por unos allegados, como eran don Víctor Galleotti, casado con una tía suya y su tío don Miguel Moratin, quien lo llevó a su taller de joyería y emprendió su enseñanza en particular con el deseo de sacarle un distinguido artífice.

Era éste más que mediano poeta, especialmente en el género erótico, y fomentó esta afición en su sobrino, a quien profesaba cariño casi paternal. En 1779, la Academia española abrió un concurso de poesía proponiendo como asunto un canto épico sobre *la Toma de Granada*, por los Reyes Católicos. Llevó el premio don José María de Vaca Guzmán y se concedió el accessit a don Efrén de Lardanaz y Morante, quien presentó un romance endecasílabo; bajo este pseudónimo se ocultaba Leandro, quien lleno de sobresalto debía confesar su envío a hurtadillas de la voluntad de su padre. La escena que pasó entre los dos en esta revelación no puede describirse. Sin embargo poco duró esta paternal satisfacción que le llenaba de orgullo y esperanzas porque poco después tuvo que acompañarle su hijo a la última morada, quedando atenido al corto salario que ganaba, único recurso para su afligida madre, que sobrevivió pocos años a tanto dolor. En 1792 consiguió un segundo triunfo cuando la Academia le concedió el accésit bajo el nombre de Melitón Fernández, en una sátira contra los vicios introducidos en la lengua castellana con el título de *Lección Poética*. De esos años proviene su amistad con los padres Estala y Navarrete, el poeta León de Arroyal, don Juan Antonio Melón, Juan Pablo Corner. A expensas de su tío publicó en 1795 en honor a la memoria de su padre *Las Naves de Cortés*. Concibió en la misma época el plan de *El viejo y la niña, que leyó en el círculo de sus amigos*. Con la muerte de su madre había cesado la obligación que

lo encadenaba al taller y podía ya entregarse con más libertad a la incertidumbre de la suerte.

Y cierto día el ilustre Jovellanos, que ya le conocía personalmente lo llamó para proponerle que pasara a París como secretario de su amigo el conde de Cabarrús, que iba a allí para cumplir una misión importante. Superada la objeción de su tío merced a la inteligente persuasión de Melón, y de cuantos se interesaban en sus adelantamientos de saber y de fortuna. Pronto conoció Cabarrús todo el precio de su adquisición y trató a Moratin como amigo, más que como subalterno, haciéndole partícipe de sus elevadas miras. En enero emprendieron su viaje por Aragón y Cataluña. Vio por primera vez el mar en Barcelona, donde se detuvieron por ocho días, visitó las ciudades de Montpellier y Marsella, donde se hallaba a fines de marzo, Avignon el 13 de abril y llegó a su destino: París el 29 del mismo mes. El viaje fue aprovechado y en todo él no cesó de escribir a las personas que en Madrid le habían excitado simpatías o prodigado obsequios. Llevó a París el deseo de conocer al célebre Goldoni, príncipe de la comedia italiana, que desterrado de su patria Venecia, vivía allí de una módica pensión, con el título de lector de la reina María Antonieta. Presentado por un amigo fue recibido con cordialidad. Se habló por supuesto de teatro, se recitaron algunos pasajes de comedias que quizás el mismo Goldoni había olvidado y cuando se trató de la injusticia que cometen los gobiernos con los ciudadanos que más han honrado su país, el ilustre expatriado no pudo contener algunas lágrimas, que Moratin recordaría muchas veces, en su exilio parisién, cuando tuvo que verterlas, por semejantes ingratitudes.

En aquellos días Moratin tuvo el consuelo de abrazar a su amigo Melón, quien se detuvo en París, antes de proseguir su viaje por Inglaterra y Holanda.

Cabarrús frustrado por el fracaso de su misión, al no ser escuchado por el gobierno francés, decidió su regreso a España. Hallábanse ya en Tolosa, cuando recibió una invitación del gobierno francés que le obligó a retroceder a París, dejando a su secretario, hasta que volviendo a reunirse con él, continuaron su

camino por Vitoria, hasta que finalmente se hallaron en Madrid el 8 de enero de 1788. Poco después perdido su valimiento Cabarrús fue encarcelado y perdió sus papeles.

Moratin en 1799 publicaría *La derrota de los pedantes*, notable sátira, motivo de molestia por parte de algunos destinatarios no identificados, que sin embargo se dieron por aludidos y de cuyo contenido, en sustancia, me ocupo más adelante. Moratin había descargado sin piedad su primer azote.

Seguía entre tanto sin medios para dedicarse con tranquilidad a las amenas tareas de su afición y la idea de ser gravoso a su familia le era insoportable, Solicitó un empleo, último recurso de los desocupados inútiles para otra cosa y nada logró a pesar de las buenas relaciones de Melón que todo lo andaba para sacar a su amigo de los apuros cada día más apremiantes. Compuso una oda a la exaltación al trono de Carlos IV, más ni por ella logró llamar la atención de los que pudieran valerle. Era entonces ministro el conde de Floridablanca, quien, según dicen, divertían en extremo, los versos ramplones que le enviaba un tal Marcolini, músico de la capilla real. Creyó Moratin obtener su protección por un medio semejante y así le escribió un romance explicándole su necesidad y modesta ambición reducida a ser abate. *Si el ser abate es ser algo.*

Le cayó en gracia al conde tan singular petición y encargó a don Sebastián Piñuela, oficial mayor de la secretaría, que era también aficionado a las coplas y las hacía, que propusiese al suplicante para un beneficio simple; hízolo de la mejor gana el buen covachuelista y creyó haber dado una muestra de regia liberalidad confiriéndole una prestamera de trescientos ducados en el obispado de Burgos, con la cual se ordenó Moratin de primera tonsura y quedó como antes, poco menos que pereciendo.

Empezó luego a granjearse la privanza de los reyes el famoso don Manuel Godoy, después príncipe de la Paz, quien de la simple condición de guardia de corps, no sin murmullos de la pública opinión, fue encaramándose hasta las más altas dignidades de la monarquía.

Su compañero en el cuerpo y grande amigo era don Francisco Bernabeu, joven de prendas, amante de los hombres de mérito y

deseoso de favorecer. Conocía este a Moratin, a Corner y a Melón, y los presentó al nuevo valido, quien se declaró su protector dándoles desde luego de su buena disposición mayores prendas que se atrevían a esperar. A Moratin le confirió por medio de su mediación un beneficio en la iglesia de Montoro, de valor de tres mil ducados y una pensión de seiscientos sobre la mitra de Oviedo, renta que le aseguraba una subsistencia holgada, exenta de toda obligación y propia para dedicarse a aquellos estudios que duran hasta la vejez.

Patricio José Clucellas ha recordado recientemente que Melón, Estala y Moratin, grandes amigos, formaban un grupo, llamado por sus contemporáneos el *triumvirato*, protegido por Godoy y que los tres apoyaron el gobierno intruso de José I.⁹

Leandro en la ocasión, como subraya Silvela, pudo abandonarse al viento de la fortuna que tan propiciamente le soplabá, si hubiese tratado de explotar la benevolencia de Godoy, como hicieron otros, adulándole con bajeza, para injuriale después. Elogió si aquellos actos de su administración, que ahora forman su defensa y atenúan hasta el punto posible sus errores, y especialmente aquella protección que en algunas épocas y como lúcidos intervalos, prodigó a los conocimientos útiles en artes y literatura, más de lo que debía esperarse de un hombre de pocas letras, disipado y desvanecido por la ambición.¹⁰

Pues Leandro jamás fue partícipe de sus disoluciones, cantor de sus orgías, ni cómplice de sus intrigas palaciegas. Le trataba con respeto, visitaba con poca frecuencia y abrumado por el peso de tantos halagos, le correspondía con una cortedad que rayaba casi en indiferencia, con admiración de los que codiciaban su valimiento.

A éste se debió el que se allanasen los obstáculos que se habían opuesto a la representación de *El viejo y la niña*, que se puso por

⁹ Patricio José Clucellas. *Un Patriota Español. El ignoto protagonista de la Revolución de Mayo*. Editorial Torre de Hércules p. 84, nota 168, y bibliografía en ella citada. Editorial Torre de Hércules 2ª edición ampliada Buenos Aires, 2013. Se trata de Antonio de Peña y García cuyo nombre hemos llegado a conocer luego de pacientes y costosas investigaciones en España y la Argentina desarrolladas por el citado Dr. Clucellas.

¹⁰ [BAE Tomo Segundo](#), p. XVII. Madrid 1846.

fin en escena en el teatro del Príncipe, el 22 de mayo de 1790, y el público lo recibió con aplauso.

Satisfecho el autor, con ese primer triunfo, y deseoso de apartarse de una corte donde la corrupción cundía maravillosamente, se retiró a un pueblo de la Lacaría para entregarse libremente al estudio y a la meditación. Andarán incansable recorría diariamente largas distancias, componiendo de memoria, que era felicísima, lo que luego trasladaba al papel. De regreso a su casa. A allí iban a visitarle sus amigos de la primera juventud para disfrutar de su instructiva conversación y de sus gracias. Hubo un día de decir que había escrito un poema titulado la *Huerteida* en burlesca celebridad de don Vicente García de la Huerta, su notorio adversario, más, con espíritu de grandeza, considerando que se había excedido en ridiculizarlo, rasgó el papel escrito, aunque previamente, a instancia de los presentes, en la intimidad la recitó de memoria, imitando con tal propiedad la fraseología, el ahuecamiento de la voz, los visajes, el manoteo y la afectación de su protagonista, que según el testimonio de Melón, se desternillaron de risa.

Debido a esa circunstancia, acaso retenido en la memoria de alguno de los oyentes, se encuentra el poema, al menos fragmentariamente, a disposición del público en Internet.

Moratin presentó, con éxito, el 7 de febrero de 1792 su *Comedia Nueva*, llamada comúnmente *El café* superando un intento de confabulación para hacerla fracasar y pocos días después pidió autorización a Godoy para poder emprender un viaje por Europa con el objeto de perfeccionar sus conocimientos. Y acaso, como manifiesta su biógrafo, para huir de los compromisos a que se consideraba expuesto por su involuntaria privanza o la ojeriza de los que se mostraban resentidos por sus escritos.

Acababa de llegar a París el 3 de septiembre de 1792 cuando oye por la calle un gran alboroto; se asoma a la ventana y ve la cabeza de la princesa de Lamballe clavada en una pica, que iba paseando en triunfo una furiosa muchedumbre, que consumó aquel día terrible toda clase de crueldades y abominaciones.

Ese mismo día pidió su pasaporte para Inglaterra y se trasladó a apresuradamente a Londres horrorizado con tanto desenfreno.

En ese país donde permaneció menos de un año procuró penetrarse del espíritu de Shakespeare y de las costumbres inglesas, que anotó cuidadosamente y donde tradujo Hamlet, que anotó y publicó ya de regreso en España en 1798.

En agosto de 1793 salió de Inglaterra en dirección a Italia, previa licencia de su protector quien al otorgársela le envió un socorro de treinta mil reales para gastos de viaje.

Desembarcó en Ostende, pasó a Flandes y recorrió varios puntos de Alemania, visitando sus ciudades más famosas. Continuó a Suiza, visitó en Lucerna a don Pascual Vallejo, secretario de la Legación, a quien conocía de Madrid, y con quien se embarcó en el lago de los Cuatro Cantones, bajando a Italia por el San Gottardo, donde se separaron, Vallejo para Génova y Moratin directamente a Bolonia, donde fijó su residencia habitual obsequiado por sus amigos españoles que a la sombra de aquella universidad vivían enseñando y aprendiendo en el Colegio San Clemente, magnífico establecimiento que fundó en el siglo XV el cardenal Albornoz, y que aun conservaba algunos restos de su antigua nombradía.

Fue recibido con particular cariño por el rector don Simón Rodrigo Laso del referido colegio y en compañía de don Juan Tineo, gran erudito y de un mérito singular, fue a recorrer Italia, en diferentes excursiones que ensancharon la esfera de sus conocimientos.

Hacía muchos años que deseaba conocer sus magníficos monumentos y con tan excelente guía estuvo en Milán, Parma, donde en las prensas del célebre Goldoni hizo una buena edición de su comedia *El café*; Florencia, Pisa, Roma, Nápoles, Ferrara, Verona, Vicenza, Papua, Venecia y otras ciudades, en medio de las turbaciones de aquellos tiempos ostentaban más que otros, de mayor sosiego la fecundidad de sus ingenios y los quilates de su ilustración.

Añoraba su patria, aun rodeado de tanta belleza y por ello resolvió el regreso. Con este fin pasó a Génova y luego a Niza para embarcarse, deseo que verificó el 18 de octubre de 1796, en la

fragata española “*La Venganza*”. Fue tan poco afortunada la navegación, que después de una furiosa tempestad, donde corrió serio peligro su vida, tuvo que huir de una escuadra que se supuso inglesa, recalar en la isla de San Pedro, inmediata a Cerdeña, después en el puerto de Mahón, abstenerse de entrar en Cartagena, y seguir arrastrado por los vientos, hasta que por fin, el 11 de diciembre de ese año entrar en la bahía de Algeciras.

Entre tanto Melón, solícito siempre en procurar los aumentos de su amigo, le preparaba una agradable sorpresa. Habiendo quedado vacante la secretaría de interpretación de lenguas, sin consultarle, por iniciativa propia, hizo presentar un memorial pidiendo para él, aquel destino, bastante lucrativo y descansado, Godoy, entonces ya duque de la Alcudia, se lo concedió sin vacilar; el agraciado, que recibió la noticia en Andalucía, se detuvo más de un mes en recorrer sus más importantes poblaciones, y a principios de febrero se presentó en Aranjuez, donde su protector le prodigó las más lisonjeras distinciones de aprecio. Era suficiente para que todos los cortesanos le rodeasen brindándole su amistad, que a pocos días hubo de trocarse en el desvío más completo, porque Leandro se negó a componer una poesía en honor de una joven de singular belleza y travesura, que según era fama, pasaban por su mano los repartos de empleos y distinciones. Superada esa dificultad, que afectó transitoriamente su vínculo con Godoy, Moratin se trasladó a Madrid para hacerse cargo de su secretaría. Entre sus funciones estuvo una pretendida reforma del teatro que se convertiría, en realidad, en una seria fuente de conflictos.

Los hechos precedentes fueron los siguientes: alternaba las ocupaciones de su cargo con las reuniones en casa de Juan Tineo, sociedad entre tertulia y academia que él llamaba *Acalófilos*. Quiso el gobierno atender la reforma del teatro, el cual alimentado por comedias del antiguo repertorio, mejor o peor refundidas, por traducciones detestables y por dramas sin plan, sin invención y sin verosimilitud, continuaba en la mayor postración.

A tal efecto creó una junta, recurso de cajón que antes y después ha sido la panacea para todos los males de España. Era su presidente, por serlo del consejo de Castilla, el general Cuesta,

hombre muy entendido en materia de guerra, pero lego para las de administración y literatura y lo que es peor, impetuoso, dominante y persuadido de buena fe que las funciones de su presidencia, con respecto a sus colegas, eran ni más ni menos que las de un jefe de batallón al frente de sus soldados. Le seguían algunos golillas, más propios para perorar sobre materias desconocidas que para resolver con acierto cuestiones de organización teatral; y entre ellos Moratin, el único, tal vez, que se encontraba en disposición de ilustrar los puntos que iban a controvertirse.

Muy a los principios se manifestó la discordancia de opiniones que de tan heterogéneos elementos debía esperarse, hasta que un día se puso tan irritado y descompuesto el referido presidente, que viéndole Moratin en disposición, según temió, de tirarle el tintero, juzgó prudente retirarse para no dar un escándalo y renunció inmediatamente.

Y habiendo comprobado el gobierno, poco después, la insuficiencia de la junta para alcanzar el objeto que se proponía, decidió nombrar a Moratin para el cargo de director de teatros, función que no era para él, porque reclamaba un carácter más firme que el suyo, para desterrar abusos, luchar con dificultades de mil especies, y sobre todo resistir con oportunidad y maña las exigencias de autores, cómicos, músicos y danzantes. Agradeció la distinción pero no la admitió y también se vio precisado a indicar que no estaba en condiciones de proponer ningún candidato debido a la estrechez del círculo de sus relaciones.

Durante esos años Moratin había podido, juntar algunos ahorros, que hubieran sido mayores de ser él, menos desprendido y dadivoso. En Pastrana, donde solía veranear, compró una casa que reedificó, plantando su huerto de acacias; en Madrid compró también una, en la calle de Fuencarral y otra en la calle de San Juan, cuya corraliza convirtió en jardín y allí pasaba largas horas. Tuvo la idea de casarse, pero después de consultar con Melón y oír su opinión desistió del intento.

Desde antes de su segundo viaje al extranjero había compuesto, con el título de *El barón* una zarzuela. Finalmente iba exhibirse el 28 de enero de 1803 y se planeaba una silbatina feroz pero el

público la contuvo, a pesar de un último esfuerzo de los confabulados, y la antigua zarzuela transformada en comedia siguió representándose.

Al año siguiente en el mismo teatro Caños del Peral se estrenó una nueva comedia de Moratin *La mojígata*, que fue una severa crítica a la hipocresía que suscitó numerosas resistencias que se acentuaron aún más cuando el 24 de enero de 1806 presentó su obra maestra: *El sí de las niñas*, cuyo triunfo fue completo tanto en Madrid como en las provincias.

Sus enemigos lo delataron a la Inquisición, circunstancia que lo llevó al propósito definitivo no escribir más para el teatro, abandonando un plan que tenía trazado para cuatro o cinco comedias más que hubieran sido, probablemente, otros tantos rayos de gloria para la escena nacional. Aprovechó sus ratos de ocio para activar la recolección de materiales para *Orígenes del teatro español*.

En esa tarea, ajeno a toda distracción bulliciosa, le encontraron los acontecimientos del año de 1808, y él que jamás se había mezclado en la política, sin dejar por eso de tener ideas propias acerca del gobierno, que en circunstancias dadas consideraba más conveniente para su patria.

Cuando la tempestad se descargó contra el príncipe de la Paz, el 19 de marzo de aquel año, Moratin no perteneció número de los ingratos, que después de haber adulado bajamente a aquel hombre poderoso, le insultaban en el infortunio, olvidando los beneficios recibidos. Retirándose temblando a su casa aquella noche terrible y al día siguiente temió ser víctima de algún atentado.

Apartado de todo roce con los bandos no literarios, independiente, inofensivo, el secretario de interpretación de lenguas, continuó en su puesto, fue uno de los llamados afrancesados. Y cuando el ejército francés abandonó Madrid, él se trasladó a Vitoria junto con su amigo Conde, para luego volver a Madrid, junto con los franceses.

En 1811 José Bonaparte lo nombró bibliotecario mayor, designación, que prescindiendo de toda pasión, no pudo ser más acertada. En el corto tiempo que pudo estar al frente del

establecimiento trató de dedicarse, sin descanso, a promover las grandes mejoras de que es susceptible, atendidos los inmensos tesoros literarios que todavía andan esparcidos por España y pudieran formar un depósito de incalculable precio y gloria nacional.

No se hallaban entonces sus finanzas en estado lisonjero; su excesiva confianza en un escribiente de su oficina lo había cargado con un desfalco de más de cien mil reales; por un descuido fatal no había retirado de manos de su apoderado de Córdoba una gruesa cantidad que representaba como tres anualidades de su beneficio de Montoro, el más pingüe de sus recursos y la Junta de Defensa de aquella ciudad se echó sobre los fondos como pertenecientes a persona residente en país ocupado por el enemigo; había cedido la casa de Pastrana, en dote a su prima Anita, casada con Conde; y las de Madrid, en cuyas obras empleara sumas considerables, casi nada le producían en aquella época de miseria y hambre espantosa.

Su inmigración fue una ruina; y al volver de ella encontró su casa enteramente saqueada bajo la forma de un inicuo secuestro.

En 1812 dio al teatro una traducción de *La escuela de los maridos* de Moliere, autor a quien profesaba el más profundo respeto, obra, que pesar del mal humor reinante, fue aplaudida. Ese mismo año las fuerzas francesas de resultas de la derrota en los Arapiles, tuvieron que abandonar la capital y retirarse a Valencia. Se hallaba Moratin en los mayores apuros para emprender su segunda emigración, enfermo, débil, sujeto a continuos vómitos, sin el más pequeño recurso. Pero tuvo la fortuna que le acogiese en el coche, donde iba en compañía de don Manuel García de la Prada, la apreciable actriz María García, que le cuidó en este viaje con toda delicadeza y esmero de la amistad. Era La Prada hombre instruido, acaudalado y cumplido caballero. Había sido corregidor de Madrid durante la invasión y desde este momento cobró a Moratin un cariño que jamás se desmintió después.

En Valencia encontró al gobernador militar el general Mazzuchelli, quien compadecido de su condición le encargó la redacción de un diario, junto con su amigo don Pedro Estala, que secularizado ya, y nombrado canónigo, había venido a ser su

compañero de desgracia. Sus artículos en este periódico se limitaban a la literatura: así vivió con estrechez hasta que la salida de los franceses de aquella plaza pudo acomodarse en un mal calesín, que volcó en el camino. Iba en él una señora llamada doña Teresa Ibarburu, que se quebró una clavícula y con este motivo, se vio en la precisión de encerrarse en la fortaleza de Peñiscola, que a poco cercaron las tropas españolas, estrechándola por espacio de once meses.

Durante el sitio, una casualidad le salvó la vida; pues convidado a comer por el gobernador, dejó pasar la hora entretenido en vestirse, cuando una explosión violenta le derribó de la silla. Había volado la casa del gobernador y cuantos estaban en ella quedaban sepultados en las ruinas. La plaza capituló al fin: y fue uno de los artículos convenidos que los españoles refugiados pudiesen salir con las tropas. Cansado Moratin de tantas vicisitudes tomó una resolución tan superior a su natural apocamiento, que bien da a conocer el estado de desesperación en que se hallaba. Cogió su bastoncito; y solo, a pie, sin más recomendación que su nombre, salió al campo, llegó a la trinchera, y fue detenido por un centinela. Acudió el oficial del puesto, y así que supo quien era, le colmó de atenciones, y le dejó ir libremente a Valencia. El desgraciado fugitivo tuvo con esto bastante para presentarse al general Elío, que en aquella provincia ejercía el mando superior; pero esta autoridad le hizo tan brutal acogida, que llegó a echar mano a la espada para pasarle, quiso luego prenderle y a duras penas le dio permiso para embarcarse en un falucho en dirección a Francia.

El buque, por el tiempo contrario, tuvo que arribar a Barcelona, donde encontró jefes más apreciadores del mérito y más considerados con la desgracia: tal fue el barón de Eroles, quien trató de persuadirle a que se quedase en aquella ciudad, y bajo su protección recobró un tanto la calma y pudo proveer a sus intereses. Pero, entre tanto, viendo agotados todos sus recursos, y no sabiendo resolverse a ser molesto a sus amigos, intentó dejarse morir de hambre, para cuyo efecto buscó fuera de la población un cuarto en casa de unos pobres labradores, a quienes se proponía dejar dentro de una carta, el precio del alquiler. Un día antes de

consumar tan funesta idea recibió de la corte noticias más favorables. Llegado a su término el juicio de purificación que había promovido, declaró el rey Fernando VII que no le comprendía el artículo 1º del decreto del 30 de mayo llamado indulto, pero verdadera proscripción; y mandó que le fuesen devueltos los bienes secuestrados. La casa de la calle San Juan ya había sido vendida; recobró la de la calle Fuencarral, cuya venta dispuso y logró, con los sacrificios que eran consiguientes. a la urgencia de su realización.

Con esto, con algunas cobranzas de su beneficio y con la almoneda de algunos efectos, tristes reliquias de su naufragio, pudo socorrerse y aun depositar unos cuatro mil duros en una casa de comercio, que luego quebró, sin que este crédito haya podido hacerse efectivo. El obispo, que era entonces de Oviedo, a pesar de las reales disposiciones, se obstinó resueltamente en negarse al pago de la pensión que gravaba sobre las rentas de su mitra, cohonestando su codiciosa resistencia, con los mayores denuestos contra su caído acreedor.

En 1814 escribió con el título de *El Médico a palos*, con alteraciones importantes y bien meditadas, una traducción de la comedia de Moliere, que fue representada en el teatro de Barcelona, el 4 de diciembre. Así vivía con alguna tranquilidad, pero con intervalos de recelo: era tanta la constancia de sus enemigos, que ya literatos, (pues la literatura había casi desaparecido en España y no renació con algún brillo hasta muchos años después), sino de otra clase peor, que nunca satisface sus odios. So pretexto de ir a tomar los baños de Aix en Provenza, solicitó su pasaporte para el extranjero, y el general Castaños, que le apreciaba, y como hombre de mundo y consumada prudencia, conocía lo expuesto de su situación, aprobando su plan, le indicó cuanto deseaba que no difiriese su cumplimiento. En efecto, tardaban mucho en Cataluña en entibiarse las pasiones que en pos de sí dejó la ocupación francesa; y a la verdad, ya por la tenaz resistencia del país, ya por la desacertada elección de los jefes, la dominación fue allí incomparablemente más dura y opresora que en otras provincias. El mariscal Suchet, humano en Valencia, fue cruel

hasta el extremo en Tarragona; y desde el mando de Lecchi hasta el de Maurice Mathieu, Barcelona fue teatro de las mayores atrocidades. Esto produjo indispensablemente una terrible y duradera reacción, y el pueblo excitado se alborotó en varias ocasiones contra los que habían cedido a la fuerza física y moral del invasor.

Pero no estaba en esto el mayor peligro: la Inquisición iba cada día convirtiéndose en instrumento de persecución política; y Moratin no podía soportar la idea de aquel oscuro centro de delación y espionaje; averiguaciones posteriores le dieron a conocer que sus temores no eran infundados.

Pasó en Montpellier la primavera de 1818, se trasladó luego a París, permaneciendo allí hasta principios de 1820 con su amigo Melón, a quien no quiso seguir en su vuelta a España, prefiriendo ir a Bolonia, con ánimo de establecerse en compañía de don José Robles Moñino, también gran amigo suyo desde su anterior estancia en aquella ciudad. Ocurrieron al mismo tiempo las notables mudanzas de aquel año. Una de las primeras providencias del gobierno constitucional, nuevamente aceptado pro el rey fue la de llamar a su patria a todos los españoles ausentes de ella por opiniones o hechos políticos: conducta que a los ojos de todo hombre generoso de cualquiera opinión, recomienda un sistema que así se inaugura. Bajo la piadosa creencia de que es posible estudiar con aprovechamiento en la escuela de la desgracia. El principal motivo de la expatriación de Moratin había desaparecido. La Inquisición acababa de sucumbir a manos del pueblo para no volverse a levantar. Partícipe de las esperanzas que animaban a todos los corazones amantes de la reforma, se dirigió a España y llegó a Barcelona, cuyas comodidades, salubridad de clima, cultura intelectual y demás circunstancias, agregaba otra para Moratin muy poderosa: el brillante estado de su teatro, que era en aquella época, el primero de la nación, así en la declamación española, como en el canto italiano. Allí encontró reunida buena porción de sus amigos. Antonio Pinto, hombre honradísimo, cómico jubilado, que por una feliz ocurrencia había salvado de un aparente desaire su comedia de *El barón*, acababa de ser arrancado en triunfo de las mazmorras del

Santo Oficio; Felipe Blanco, en cuyo obsequio había traducido *El Médico a palos*, continuaba regocijando la escena con sus gracias inagotables: La Prada había fijado allí su residencia, y el amable Cabanillas se lo llevó a la casa que habitaba con vistas al puerto. Esta mansión le hubiera sido sumamente grata si no le hubiera entristecido la noticia de la muerte de su deudo y amigo don José Antonio Conde, a cuya memoria dirigió una oda rica en gusto y sentimiento.

Entre tanto las concebidas esperanzas de paz y de buen gobierno menguaban día a día: la insubordinación iba cundiendo, y las masas se insolentaban como ocurrirá siempre, cuando después de reconocida una reforma aparece la sospecha vehemente de que no preside la sinceridad en las altas regiones del poder.

Desde principios de 1821 los dudosos procederes de Francia, la expedición de Austria sobre Nápoles, la general disposición de los gobiernos europeos, anunciaban desde lejos la invasión de 1823.

Una nueva calamidad vino a complicar la situación: la fiebre amarilla apareció en Barcelona y sus primeros estragos, presagio de otros mayores, ahuyentaron a todos los que no se veían encadenados al país por intereses difíciles de transportar. Don Manuel García de La Prada precipitó su marcha y ofreció a Moratin su compañía que fue aceptada; sortearon del mejor modo posible las precauciones sanitarias adoptadas en los pueblos de tránsito y en la frontera, descansaron un poco en Perpiñan y se separaron en Bayona, donde Moratin permaneció aguardando la marcha de los acontecimientos. Desde allí escribió a su amigo Silvela, quien después de muchos inconvenientes residía en Burdeos, a la cabeza de un establecimiento educativo. Consultándole sobre que le convenía hacer; y en vista de sus juiciosas reflexiones y sinceros ofrecimientos, se fue a vivir con él, con el propósito de pasar modestamente los últimos años de su vida en el seno de la amistad, libre de cuidados enojosos, y dedicado exclusivamente a sus más caras ocupaciones. En todo el curso de la vida de Moratin se observará constantemente que para él era necesidad imprescindible el arribo de algún amigo con quien desahogar sus sentimientos, y dar algún ensanche a aquel espíritu poco expansivo, que se recataba

de relaciones superficiales o indiferentes: necesidad que iba creciendo con su edad ya proveya, sujeta a las incomodidades que a ella están vinculadas. Todo lo encontró en aquella familia sencilla, afectuosa, bien educada, modelo de todas las virtudes domésticas y sociales: la vida metódica, la buena conversación, el moderado ejercicio, la diaria asistencia al teatro, que nunca dejó de ser su principal pasión, le mantenían en un estado de contento que jamás había disfrutado.

«He llegado a la vejez, decía muchas veces, sin sentir todavía ninguno de sus achaques; y no cambiaría mi feliz independencia, mi plácida soledad, ni por la más opulenta fortuna, ni por el esplendor de un trono.»¹¹

Entonces dio una última mano a *Orígenes del Teatro español*, obra formada lentamente en el espacio de muchos años, publicada después de su muerte, que merecerá una adecuada lectura de nuestra parte y un respetuoso comentario de su ilustrativo Prólogo.

A fines de 1823 tuvo un amago de apoplejía –relata su biógrafo– el cual se resolvió después en una violentísima irritación hemorroidal, que le mortificó por un tiempo, y produjo un efecto sensible en su parte moral; desde entonces empezó a darse a la vida sedentaria, perdió su alegría, y hasta menguó su interés por los espectáculos teatrales. Coincidentemente, su amigo Silvela por razones educativas y familiares, necesitaba trasladarse a París, pero no quiso tomar una resolución hasta saber si Moratin le seguiría voluntariamente, pues de otra manera estaba decidido a desechar el proyecto y a no abandonar a un anciano, al que consideraba como un depósito precioso que le había confiado la Divina Providencia. Moratin le animó ofreciéndole reunirse con él. Con esta promesa Silvela partió una mañana sin despedirse de él. Al levantarse Moratin y afectado por esa breve separación y por la soledad en que quedaba, escribió aquel mismo día su última voluntad. Apenas tenía que disponer; legó a varios amigos algunos cuadros y objetos artísticos, a la Academia su retrato pintado por Goya; sus libros y manuscritos a Silvela, instituyendo a una nietita de éste por única heredera de lo que restaba, reducido a una inscripción de

¹¹ [BAE Tomo Segundo](#), p. XXXVI. Madrid, 1846.

cuatrocientos francos de renta, y a créditos de alguna importancia nominal, pero de difícil realización; se despidió cariñosamente de su patria y de sus amigos, pidió perdón a los que hubiese olvidado u ofendido; y cumplido este deber postrero, sintió que su alma quedaba aliviada de un peso enorme.

Transcurrido un tiempo verificó su traslación a París y a poco con la mayor consternación vio a la familia, que ya consideraba como suya, que Silvela, el padre, estuvo a pique de sucumbir a la violencia de una pulmonía, en enero de 1828, recayó en febrero y apenas convalecido lloró dos veces la pérdida de un hijo que más lo auxiliaba en sus tareas profesionales, pero al fin lo vio salvado, para consuelo de los suyos y utilidad de su patria.

El espectáculo de tanta agitación y zozobra, de la que participaba intensamente, resultaría fatal para Leandro, ya que influyó notablemente en su salud y precipitó probablemente en el acometimiento de su última enfermedad. El 21 de mayo aparecieron los primeros síntomas, que procuró cuidadosamente ocultar, hasta que fue sorprendido arrojando en frecuentes vómitos una materia negruzca de alarmante apariencia.

A costa de mil instancias en que se llamase al médico, a pesar de los esfuerzos y el auxilio de los más hábiles profesores de París, no pudo lograr más que pasajeros alivios: no era dado contener los progresos del mal, procedía de una lesión orgánica. Por la noche del 20 de junio perdió el conocimiento y a las dos de la madrugada del día siguiente su cuerpo quedó en perpetua inmovilidad. Concluye su afectuoso relato Silvela lamentando: El cementerio del padre Lachaise recibió aquellos venerables restos, entre las solitarias calles que corren a la derecha de la capilla, en medio de las tumbas que cubren los cuerpos de Moliere y Lafontaine.

Ningún español, amante de la literatura, al visitar la capital de Francia, deja de pararse a orar frente a un sencillo monumento en cuyo pedestal, que sostiene una urna funeraria, se lee la inscripción siguiente:

Aquí yace

Leandro Fernández Moratin

Insigne poeta, cómico y lírico

Delicias del teatro español

De inocentes costumbres y amenísimo ingenio

Murió el 21 de junio de 1828

Hoy sus restos mortales se encuentran en Madrid.

SEGUNDA PARTE

OBRAS de Don Nicolás Fernández de Moratín.

1. A mi libro.

Dime ¿dónde caminas
Tan solo y confiado,
Sin protector alguno,
Librillo desdichado?
¿En qué elegancia fías
Tu aprecio y tu despacho?
¿Qué crítico piadoso
Te aseguró el aplauso?
Cuando en ti contuvieses
Los versos que cantaron
Con sonoras liras
Pindaro y Horacio
De Mevios y Zoilos
No pudiera librarlos,
Pues aún al propio Homero
Se le atrevió Aristarco.
Siendo esto así, no temas
El verte censurado,
Que no es toda censura
Prueba de que eres malo;
Y más en este tiempo,
Que en la corte de Carlos
Son muchos los que juzgan,
Más los que aciertan raros.

2. Canto Épico. Las Naves de Cortés destruidas (fragmentos).

Canto el valor del capitán hispano
Que echó a fondo la armada y galeotes,
Poniendo en trance, sin auxilio humano,
De vencer o morir, a sus legiones:

.....
Heroico Hernán Cortés, será cantada
Tu acción por cuantos doblan la rodilla
Al monarca español, en fe acendrada
El orbe que ganaste se le humilla
Tu acción que dio a la fama voz no usada,
Al universo espanto y maravilla,
Júbilo al cielo, llanto al orco impío,
Y alta materia al rudo canto mío.

3. A don Pedro Romero. Torero insigne (fragmento).

... Sale el bruto valiente
Que en las márgenes corvas de Jarama
Rumió la seca grama.
Tú le esperas, a un numen semejante,
Sólo con débil, aparente escudo,
Que dar más temor pudo:
El pie siniestro y mano está delante,
Ofrécesle arrogante
Tu corazón que hiera, el diestro brazo
Tirado atrás con alta gallardía;
Deslumbra hasta el regazo
La espada que Mayorte envidiaría,
Horror pálido cubre los semblantes,
En trasudor bañados
Del atónito vulgo silencioso:
Das a las tiernas damas mil cuidados
Y envidia a sus amantes:

Todo el concurso atiende pavoroso
 El fin de este dudoso
 Y la fiera que llamó el silbido
 A ti corre veloz, ardiendo en ira,
 Y amenazando mira
 El rojo velo al viento suspendido.

.....
 Guadalentín: tu padre, que el famoso
 Nombre en ti ve renovarse,
 No puede serenarse,
 Hasta que mira el golpe poderoso
 El bruto impetuoso
 Muerto a tus pies, sin movimiento y frío,...

4. El Arte de las Putas.

Escrito hacia 1766, fue celeramente prohibida por la Inquisición, horrendo calabozo de papel, y desde entonces clandestinamente, casi siempre fragmentada debido a su extensión: se trataba de cuatrocientos treinta y cinco versos, circuló en forma manuscrita hasta 1898, cuando aparece una versión completa impresa. No se refiere a ella su hijo Leandro, y ni siquiera se la menciona en el tomo Segundo de la Biblioteca de Autores Españoles dedicado a las obras de los Fernández de Moratin, de 1846. Estimo que se trata de un poema repentista, de versos a menudo chabacanos, que no utilizaré, en los escasos trozos que transcribo. En todo caso algún lector voraz, menos exigente o más tolerante, podrá hallarle en las páginas virtuales de Internet.

Yo simplemente reproduzco algunos trozos menos groseros:

*«Hermosa Venus que el amor presides,
 Y sus deleites y contentos mides
 Dando a tus hijos con abiertas manos
 En este mundo bienes soberanos.*

.....

Con presentes grandísimos y cuando
Cuando en la calle estés, marcha a otra parte
Y haz lo propio, dirás de traer gran arte El gran corsario, el práctico, el diestro
El dulce Moratin, fue mi maestro...»

5. La prosa de don Nicolás Fernández de Moratin.

Carta Histórica sobre el Origen y Progresos de las Fiestas de Toros en España (escolio). Datada en Madrid a 25 de julio de 1776 está dirigida al Excmo. Príncipe Pignatelli y se inicia con estas palabras aclaratorias: «*El asunto sobre que V.E. se ha dignado mandarme escribir ha sido siempre tan olvidado como otras cosas de España, por lo que faltándome autores que me den luz diré las pocas noticias que casualmente he leído y algunas que de las conversaciones me han quedado en la memoria*». ¹²

Indica que las fiestas de toros, tal como se practican en España, no tiene origen como algunos afirman, en los romanos. Se explica por la feracidad de sus pastos y la fiereza de sus toros que entre ellos se crían. Recuerda que es opinión común que Ruy o Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador fue el primero que lanceó toros a caballo. Esto debió ser – conjetura Moratin – por bizarría particular aquel héroe, pues en su tiempo, sabemos que Alfonso VI, otros dicen que el VIII, en el siglo XI, tuvo unas fiestas públicas que se reducían a soltar en una plaza dos cerdos, y luego salían dos hombres ciegos, o acaso con los ojos vendados, y cada cual con un palo en la mano, buscaba como podía al cerdo, y si le daba con el palo, el cerdo era suyo, como ahora el correr el gallo, siendo la diversión de este regocijo el que, como ninguno veía no solían apalea bien.

No obstante esto el licenciado Francisco de Cepeda en su *Resumpta Historial de España, llegando al año 1100, dice que halla en memorias antiguas que ese año 1100 se corrieron fiestas de toros, espectáculo solo de España.* También se halla en nuestras crónicas que en el año 1124, que se casó Alfonso VII en Saldaña

¹² BAE tomo Segundo pp. 141/144. Madrid 1846.

con dola Berenguela, la chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones, hubo también fiesta de toros. Hubo también dicha función y la enunciada arriba de los cerdos en León cuando el rey don Alfonso VIII casó su hija doña Urraca con el rey don García de Navarra, pero debe notarse que estas funciones se hacían con perros, con tal desorden y atropellamiento, que en Roma acaeció en 1552 murieron en las astas de los toros muchos plebeyos, diecinueve caballeros y otros nueve caballeros romanos. Desgracia que no se verificara en España siendo el ganado mucho más bravo. Por este suceso se prohibieron en Italia, pero en España prosiguieron perfeccionándose cada día estas fiestas, como se ve en los anales de Castilla hasta el reinado de Juan III, en que dejando de ser, como antes una especie de montería de fieras salvajinas, según dice Zurita, formaron nueva época. Pues entonces llegó a su punto la galantería caballeresca y todos los ejercicios de bizarrías. Entonces – se cree – comenzaron a componer las plazas y se fabricó la antigua de Madrid y se hizo granjería de ese trato, habiendo arrendatarios para ello, que sin duda serían judíos, y hay diversos relatos que aluden a ellos. Lo cierto que cuando el monarca don Juan se casó con doña María de Aragón el 20 de octubre de 1418, tuvieron lugar en Medina del Campo muchas fiestas de toros. Y en el reinado de Enrique IV aun se aumentó más el genio caballeresco y el arte de la jineta, como consta de Jorge Manrique.

El trato frecuente con los moros de Granada, tanto en la paz como en la guerra, era ya muy antiguo en Castilla y los moros, sin duda, tuvieron estas funciones hasta el tiempo del rey Chico, y hubo diestrísimos caballeros que ejecutaron gentileza con los toros (que llevaban de la tierra de Ronda) en la plaza de Vivarrambla. Prosiguió esta gallardía en tiempos de los Reyes Católicos y estaba tan arraigada que la reina Isabel, que no gustaba de ella, no se atrevía a prohibirla, como lo dice en una carta escrita desde Aragón a su confesor fray Fernando de Talavera el año de 1493,: *«De los toros sentí lo que vos decís aunque no alcancé tanto; más luego allí propuse con toda determinación nunca verlos en toda mi vida, ni*

*sea en que se corran; y no digo de defenderlos (esto es prohibirlos) porque esto era para mí a solas).*¹³

En efecto llegó a autorizarse tanto que el mismo emperador Carlos V, con haber nacido y criado afuera, mató a un toro de una lanzada, en la plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo Felipe II y también Carlos V estoqueó desde el caballo en el Rebollo de Aranjuez, a un jabalí que había muerto quince sabuesos, herido diecisiete y a un montero, lo cual es una especie de toreo. También Felipe II mató a otro jabalí en el bosque de Heras, donde le hirió el caballo y otra vez en Valdelatas, donde le hirió el borceguí de una navajada. Entre otros nombres menores Moratin menciona que Felipe IV fue muy inclinado a estas bizarrías y además de herir a los toros mató más de cuatrocientos jabalíes, ya con el estoque, ya con la lanza, ya con la horquilla.

No se contentaron nuestros españoles con atreverse sólo con los toros, porque pasando al África, no quisieron ser menos que los naturales y así el marqués de Velada, siendo virrey de Orán, salía muchas veces a los leones y el conde de Linares, gobernando Tánger, mató un león con su lanza cuerpo a cuerpo, mandando hacer alto a su gente de guerra, «*que nadie le socorriese por ningún accidente*».

Después de referirse a las contiendas con leones en el África destaca que Gaspar Bonifaz, del hábito de Santiago y caballero de S.M. imprimió en Madrid unas *Reglas de torear* muy breves, y don Luis Trejo también en Madrid, unas advertencias a nombre de *Obligaciones y duelo* de este ejercicio. A su vez Juan de Valencia, en Madrid imprimió *Advertencias para torear*.

Recapitulando Moratin precisa que estos espectáculos de toros los celebraron en España los moros de Toledo, Córdoba, y Sevilla, cuyas cortes eran en aquellos siglos las más cultas de Europa. De los moros lo tomaron los cristianos y por eso dice Bartolomé de Argensola:

*Para ver acosar toros valientes
Fiesta a un tiempo africana y después goda*

¹³ BAE tomo segundo p. 142. Madrid 1846.

Que hoy irrita las soberbias frentes...

Es de notar, puntualiza Nicolás, que estas funciones estaban reservadas exclusivamente para caballeros que lanceaban o rejoneaban a los toros, siempre a caballo, siendo este empleo de la primera nobleza, y sólo se apeaban al empeño de a pie, que era cuando el toro hería algún chulo, al caballo, o el jinete perdía el rejón, la lanza, el estribo, el guante, el sombrero, y se cuenta de los caballeros moros o cristianos que alguno en tal lance hubo quien cortó a un toro el pescuezo a cercén de una cuchillada, como don Manrique de Lara y don Juan Chacón.

Los moros torearon aún más que los cristianos, porque éstos además de los juegos de caña, sortijas, etc., también tenían empresas, aventuras, justas, torneos, etc., que fueron famosos teatros Valladolid, Burgos, el sitio del Pardo; pero distinguidas las contiendas con los hombres, por lo peligrosas que eran, como sucedió en España, y aún más en Francia, todo se redujó acá a fiestas de Toros a las cuales se aficionaron mucho los reyes de la casa de Austria, y aún hoy, recuerda Nicolás, en Madrid vive hoy mi padre, que recuerda haber visto a Carlos II, a quien sirvió, autorizar las fiestas reales, de las cuales había tres votivas al año en la Plaza Mayor a vista del rey, sin contar las extraordinarias y las de fuera de la corte. Ya se ha dicho que estas fiestas eran solamente empleo de caballeros entre cristianos y moros. Entre estos hay memoria de Muza, Malique-Alábez y el animoso Gazul.

Entre los cristianos, además de los dichos, celebra a Quevedo, a Cea, Velada, y Villamor, al duque de Maqueda, Bonifaz, Cantillana, Ozeta, Zárate, Vástago, Riaño, etc. También fue insigne el conde de Villamediana; y don Gregorio Gallo, caballero de S. M. y de la orden de Santiago, fue muy diestro en los ejercicios de la plaza e inventó la espinillera, en defensa de la pierna, que por él se llamó la gregoriana. El poeta Tafalla celebra dos caballeros llamados Pueyo y Suazo que rejoneaban en Zaragoza con éxito a fin del siglo pasado, delante de don Juan de Austria y si V. S. me lo permite también diré que mi bisabuelo materno fue muy diestro y aficionado a este ejercicio que practicó muchas veces en compañía

del marqués de Mondéjar, conde de Tendilla, y el duque de Medinasinodia, bisabuela de este señor que hay hoy en día, era tan diestro y valiente con los toros que cuidaba que fuese bien o mal cinchado el caballo, pues decía que las verdaderas cinchas debían de ser... las piernas del jinete. Este caballero mató dos toros de dos rejonazos en las bodas de Carlos II con doña María de Borbón, año de 1679 y rejonearon el de Cama rasa y Rivadavia y otros.¹⁴

Don Nicolás Rodrigo Novelli imprimió en el año 1726 su *Cartilla de Torear*. En su tiempo eran buenos caballeros don Jerónimo de Olaso, don Luis de la Peña Terrones, del hábito de Calatrava, caballeriza del duque de Medinasinodia y también fue muy celebrado don Bernardino Canal, hidalgo de Pinto, que rejoneó delante del rey con mucho aplauso en 1725. Aquí se puede decir que acabó la raza de los caballeros porque el señor don Felipe V no gustó de estas funciones, lo fue olvidando la nobleza; pero no faltando la afición de los españoles, sucedió la plebe a ejercitar su valor, matando los toros a pie, cuerpo a cuerpo, con la espada, lo cual no es menor atrevimiento, y sin disputa (por lo menos en su perfección) es hazaña de este siglo.

Trae el recuerdo de célebres toreros y matadores y con algún desdén o nostalgia transmite que hoy se ha llegado a un extremo de delicadeza que parece que se va a hacer una sangría a una dama y no a matar de una estocada a una fiera espantosa. «*Nuestra difunta reina Amalia al verla sentenció: «que no era barbaridad como la habían afirmado sino diversión donde brilla el valor y la destreza»*¹⁵

Esta ilustrativa carta concluye respetuosamente: «No me detengo en pintar las circunstancias de cada clase de estas fiestas ni las castas de los toros, y creo que no reste que decir, pues obras de esta naturaleza deben su perfección a la casualidad y al tiempo que

¹⁴ Incorpora como apostilla don Leandro que a estos nombres de preclaros gladiadores antiguos podrían añadirse otros muchos, mereciendo distinguido lugar don Diego Ponce de León, Gonzalo Argote de Molina, Rodrigo de Paz, Diego de Ramirez, don Luis de Guzmán, Marqués de Algaba, quien según parece fue el primero que toreó con garrochón, Pedro de Medicis, hermano del duque de Florencia.

¹⁵ BAE tomo segundo p. 144. Madrid 1846.

va descubriendo más noticias. No obstante muy gozoso de haber servido a V. E. en esto poco que puedo y deseo que prosiga honrándome con sus preceptos, como que le guarde Dios muchos y felices años.

Madrid 25 de julio de 1776. Nicolás Fernández de Moratín.

6. Una comedia. La petimetra (La Presumida).

Neoclásica, criticada por su propio hijo Leandro, debido a su falta de vena humorística, aún reconociendo sus indudables méritos, nunca fue exhibida. Se divide en tres actos. e incluye cinco personas. Doña Jerónima, (la petimetra), Don Rodrigo, su tío, Doña María, Martina, y Ana (criadas) Doña María, Martina y Ana, criadas, y Roque.

La comedia se desarrolla en Madrid, en el cuarto de doña Jerónima. Acto Primero. Con XIV escenas: El Acto Segundo en XVI escenas y Acto Tercero XVIII escenas. Ronda entre erótica y satírica, con inspiración de Menandro y Aristófanes.

Nicolás asignaba al teatro una misión didáctica que debía desarrollarse sencillamente para no confundir al espectador, aspecto sustancial de su crítica al teatro barroco de Lope de Vega, Tirso de Molina y especialmente de Calderón. Su exhortación doctrinaria se orientaba al retorno a los clásicos griegos y latinos, en pureza de lenguaje y claridad de conceptos. Sólo lo logró parcialmente: no resultó atractivo y a menudo tedioso y pedante. Le faltó gracia, como dijera su hijo Leandro, sentido de lo cómico. Ello explica que no llegara a representarse.

La labor del dramaturgo es ultrajar el vicio y dejar triunfante la virtud. De ahí también que la violencia del barroco se vea sustituida por la suavidad del rococó. También la influencia que tienen los servidores en el desarrollo de la trama. No debe olvidarse la inicial confesión que efectúa Damián a Félix de sus inquietudes de amor.

Jerónima, la petimetra y su prima María. Y entre ambas – receloso su tío don Rodrigo, un ridículo abogado.

Acto Primero. Félix, que acaba de regresar a Madrid de Valladolid, donde estuvo estudiando se sorprende que Damián lo

visite tan de inmediato y este le explica que tres meses atrás, una mañana en el Prado halló sentada al pie de un árbol a una dama tan bella que la ofende si la retrata y al saludarla cortésano, para disimular su turbación le respondió amable y discreta. Es la dama por la que él muere doña Jerónima Pérez en cuya casa hoy están y es tanta su bizarría, su perfección y su garbo que la llaman la petimetra, título con que se ha alzado y en Madrid es conocida con el agregado que es su dote de por lo lo menos de 17.000 ducados, según le ha dicho su prima doña María Fajardo, que con ella vive en el mismo cuarto, pero el de esta es su genio cerrado, como es abierto el de su prima. Admite Damián que está enamorado de Jerónima y a las dos cela su tío tan ridículo abogado, que si por algún descuido nos hallara en este cuarto, con ambas primas, por fuerza nos casáramos entrambos. Y por saber que a estas horas don Rodrigo está estudiando, vengo porque es de noche ni a la tarde es excusado según la gran vigilancia con que las está guardando, pues no hay Mercurio que baste para adormecer al Argos. Félix le responde Es cierto Damián amigo que admiración me ha causado, me hace admirar el saber que don Rodrigo es su tío. Escena II. Martina les manifiesta Usted y este señor mío irse pueden y volver como de aquí a media hora. Damián ¿Qué hay de nuevo Martina? Martina: Que mi ama está en la cocina y mi señora en la cama.

TERCERA PARTE

Obra crítica y dramaturgia de don Leandro Fernández de Moratin (selección).

1. La derrota de los pedantes (versión libre).

Considerada una pieza esencial de su producción estética estuvo precedido de un anuncio, que ya revela la índole provocativa y desafiante del trabajo:

Esta obra – declara – no necesita prólogo; por eso no lo tiene. Necesitaba notas; pero el autor no ha querido ponérselas.

Se inicia chanceramente sorprendiendo a Apolo en medio de su siesta en mullido catre de plumas, dentro de su alcoba tenebrosa y

fresca, cuando bien comido y mejor bebido roncaba haciendo retumbar las bóvedas. Con reminiscencias del viaje al Parnaso e intensa brisa sarcástica expone la alteración de Mercurio que salta de la cama para averiguar la causa del alboroto y ya vestido, al atravesar el corredor vio venir un burujón de gente, que reconoció como de la casa. Entre ellos Bernardo de Valbuena y el buen Ercilla, que conducían a Clío desmayada, despeinada y casi muerta. Ante este espectáculo el dios preguntó ¿qué significaba? ¡Qué ha de ser!, respondió Juan de la cueva, que la iba abanicando con un cuaderno de minuetes, sino que toda la región, toda la comarca está llena de enemigos, y las musas, cual más, cual menos, estropeadas y nuestro señor Apolo, quedar a pique y puertas, si duerme cinco minutos más.

Mercurio, indignado, protestando por haber concurrido a comer en semejante casa, mientras llevaban a acostar a la pobre Clío, y unos s buscaban a Esculapio, que estaba herborizando en un tejado húmedo; y otros corrían desatinados de una parte a otra.

Mercurio marchó en diligencia de la alcoba de Apolo, que muy ajeno a lo que pasaba, roncaba como un provincial, pero a pesar de pellizcarlo reiteradamente no conseguía despertarlo, hasta que irritado por su poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dio tan desmesurado sacudón, que a darle otro no lo hubiera contado por gracia el señor Timbréo.

Se desenvolvió de las colchas Apolo medio aturrido y a pocas razones que entre los dos pasaron irrumpieron Erato y Polimnia entraron en el dormitorio dando alaridos y mesándose los pelos como desesperadas.

¿Qué haces hermano? le decían a Apolo: a prisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega que ya las horas han ensillado y enfrenado a Flegón, para que montes en él y escapes. Corre y avisa a nuestro padre Júpiter, para que a fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitrán y ruedas de molino ataje, si puede, nuestra desgracia. Le dirás que no se descuide que no son gigantillos como los de antaño, sino el ejército más formidable que se habrá visto desde, que a oprobio de la humanidad, estilan ejércitos en el mundo.

Apolo que se sentía medio descalabrado quiso saber qué era toda esa bulla y Erato, interrumpiéndolo le preguntó si ello se debía a haberse hallado en la refriega y si le ha herido alguno de los poetas descomunales. No se quien me ha herido, pero ¿Qué dices de poetas? Los que asisten en palacio son mis cortesanos, mis amigos ¿han podido hacer alguna sedición?

No son ellos, replicó Polimnia ¿Cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que valga. Son unas cuantas docenas de pedantotes, copleiros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traducción galicada, tanto compendio superficial, tantos versillos infelices, que ni hemos inspirado ni hemos visto.

Son aquellos que todo lo tratan y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina, que hacen tráfico del talento ajeno y le machacan y le atacan y le filtran y le revuelven, y le venden al público, dividido en tomas; otros que no habiendo saludado jamás los preceptos de las artes y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven a decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas y aspiran por medios viles a levantar su gloria sobre la ruina de los demás.

Otros y estos son los más en número, y los más insolentes. Pasan la vida atando en versos insufribles, una polilla asquerosa que embadurnan y apestan el teatro con una cosa que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aquí y de allá, atestadas de más defectos que los originales que copian, sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan o hacen olvidar los errores de las antiguas.

Estos son los que por tanto tiempo han venido tiranizando el teatro. El riesgo es inminente y tu presencia no les aparta está perdido el Parnaso. Apolo echó a correr como un gamo y Mercurio, jadeando detrás de él se despepitaba por la pérdida de sus talaes, de esta manera iban que volaban a punto el poste y el estruendo militar crecía por instantes. Abrió Apolo un a puerta que daba al

patio del alcázar y vio el más tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos combatían furiosamente al pie de la escalera principal: el uno defendiendo el paso de ella, el otro que ocupaba todo el portalón, y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendían. El ejército amigo se componía de guardias y dependientes del palacio, y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistían con vigor al enemigo, en tanto que las musas, colaboraban para defender su titubeante honor.

El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que había unido el furor y peleaban sin orden ni disciplina, ni jefes que los gobernasen, con tal ímpetu y arrojo que ambos dioses recelaron mucho del éxito que podía tener la tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa, que al paso le prestó un proyectista y se caló hasta las cejas un bonete de doctor, para no ser reconocido. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacían prodigios de valor, pero era tal la fuerza contraria que temían verse precisados a retirarse a las eminencias para desde allí ofender con más ventaja, aunque con menos terreno a los sitiadores

Estas nuevas aumentaron el miedo del dios, viendo subir a Terpsícore con un diente en la mano y un chichón en la frente del tamaño de un huevo, quien entre sollozos y gemidos tristísimos dijo: «esto va de mal en peor, los nuestros ya desfallecen»: Quevedo y Cervantes ¡Mi querido Cervantes! Están heridos. Ya no hay remedio. Cedamos a tanta desventura.

La musa entonces se disparó a los aires como un cohete y encaramándose a las bovedillas del cuerpo de batalla empezó a gritar con voz de trueno o estampido de cañonazo a los combatientes:

¿Qué tremolina es esta?
¿Quién profana el alcázar de mi hermano?
O¿Estamos en algún bodegón?
¡Canalla soez! ¿Qué es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones,(comentario que según pienso, pretende reforzar la burlesca parodia) *paró* algún tanto la pelea.

Ella dijo: Mi hermano Apolo quiere que dejéis las armas, y a vosotros los hombres desconocidos y revoltosos os ordena que si alguna pretensión tuviereis que la digáis al instante sin andaros en ambages ni tranquilas; que como ella sea justa, desde luego quedaréis servidos, porque de no serlo así, por el alma de mi madre os juro que daré a conocer el modo con que se debe tratar a los dioses.

Separáronse a efecto en dos cuadrillas los de casa volvieron a ocupar su escalera y los intrusos, recogiendo algunos heridos, hicieron un pelotón, Mercurio entonces volvió a preguntar ¿cuál era la causa de esa barahúnda, pero no había entre los contrarios quién, y fueron tantos los que respondieron que ninguno pudo hacerlo.

Irritado el dios tomó del pescuezo al primero que le vino a mano y dijo que lo llevaba para que hable por todos y nos informe de todo lo que hasta ahora no habéis querido decir, pero, entretanto que haya un armisticio general para que no pasen los estragos delante y se componga todo a pedir de boca.

Hasta ahora he usado medios suaves para conteneros; si llegáis a enfadarme vibraré contra vosotros rayos de mi padre Júpiter y cesó el combate y las tropas se retiraron a los lugares señalados y el dios marchó con el perillán que había pescado asiéndolo fuertemente y lo encerró en un caramanchón sucio que usaba de carbonera y buscó a su hermano que estaba hojeando a toda prisa «*El arte de la guerra del filósofo Sans Souci*» y disponiendo un plan de fortificación y defensa.

Se holgó Apolo de las noticias recibidas y ambos dioses resolvieron recibir con benignidad a la embajada. Apolo se fue a vestir de gala y alheñarse la cabellera, mientras su hermano iba a buscar el preso y pudo ver que todos estaban quietitos sin chistar ni mistar, ni decirse unos a otros una mala desvergüenza. El dios ubicado en la carbonera escuchó por la cerradura y le pareció que el preso estaba recitando versos y así era en verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba adentro el hombre ya había compuesto dos ovillos, un madrigal, y tres sonetos caudatos

quejándose de su mala suerte y llorando su prisión como pudiera el mismo Macías.

Al oírlo Mercurio se lamentó «¡Qué pájaro tenemos en la jaula!» Para mis barbas que éste es el peor del rebaño. ¡Vaya picaruelo! No ha nada que entró en el chiquero y ya tenemos coplillas de pie quebrado, y estrambotes y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador! Que el tal improvisador ha de tener manejo y vena»

Mercurio le dejó salir, pero el de los ovillejos se asió a su pierna desconsolado, temía el juicio de Apolo. Y ante su insistencia le previno: Apolo os quiere ver pero no tratéis de hablarle en culto, ni le digáis quisicosas y garambainas porque os mandará tirar de un balcón, y le obedecerán al punto. Transcurrieron sucesos. En el testero del salón había un trono riquísimo y en él estaba Apolo, siete de las musas le acompañaban, inmediatas al. Solio y los más célebres poetas españoles, según la edad en que florecieron, así ocupaban por orden las sillas.

Mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron los demás al ver su figura ridícula, porque era el hombre más triste que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritito y contrahecho, si bien es verdad que le desfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrían el rostro; se revolvía con unas bayetas pardas, raídas llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arambeles en las orillas, a modo de randas o cucharetero, sus movimientos eran más vivos de lo que su edad prometía, la acción teatral y la voz gangosa, chillona y desapacible.

Este es dijo Mercurio a su hermano el que he podido agarrar entre esta turba. El poeta, encarándose a Apolo hizo dos grandes cortesías aguardando el permiso de hablar. Concedido, comenzó a delirar estrambóticamente. Reventaba el dios entre la indignación y la risa; las musas se tendían en los suelos dando exorbitantes carcajadas; los poetas se miraban unos a otros, sin saber lo que les sucedía; el badulaque, muy satisfecho, se disponía a proseguir disparatando en culto, pero Francisco de Rioja le observó «ved: señor enviado que Apolo, nuestro amo, no os llama aquí para que

declaméis versos tenebrosos, lo que únicamente quiere es... y fue interrumpido por el de las sopalandas: ya se lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes: Pues allá va: «escuchadme benévolo». Apolo convocó a sus ministros: «atadle y mandadlo a Plutón con un recado mío: que lo entregue a los genios tártaros y le atormente con los suplicios más atroces Llevadle, no quiero verlo más». Luego vendría la sentencia contra los pedantes. Costó mucho a la musas compadecidas del infeliz, calmar a Apolo, pero al final moderado un tanto, habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volvería a decir sus versos, sino que en prosa llana y pedestre enlataría cuanto era menester, y él, mientras esto sucedía estaba abocinado en el suelo, hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera A Mercurio mientras duró la embajada le pareció conveniente no descuidarse ni confiar a la fortuna el éxito de la empresa. Había llegado a entender, aunque confusamente, la pretensión estrafalaria de los filólogos y conociendo que Apolo no podía concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que sólo a garrotazos se podría concluir tan enrevesado asunto.

Llamó a consejo a los poetas, que imaginó más inteligentes y acostumbrados a tales peleonas; se trató el orden que debía haber en los ataques y aprobado el plan se dispuso que Gracilazo, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha y Diego de Mendoza la izquierda, el centro don Alonso de Ercilla y el cuerpo de reserva que debía acudir donde la necesidad lo pidiese se encargó al conde de Rebolledo, acompañado de Lope de Vega, Cristóbal de Virués y otros sujetos de acreditado valor y experiencia.

Después de ventilados estos puntos, se ocuparon de conducir hacia la escalera cuanto hallaron que podía ser útil en caso de rompimiento; acudieron luego al repuesto de los malos libros y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos, que hasta entonces no habían servido de gloria a sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel día se hicieron apreciables; porque no hay duda que un mal libro, por malo que sea, siempre sirve, y más si es de buen tomo, para descalabrar con él a

cualquiera, cuando no haya a mano abundante provisión de cachiporras o peladillas de torote.

Hecho pues todo lo ya referido, Mercurio conociendo que era ya inevitable volver a la zurra, fuese volando a decir a su hermano cuanto había dispuesto y lo halló que bajaba ya la escalera con ánimo de presentarse a sus enemigos, creyendo que a sus razones y autoridad ni debían ni podían oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaría respeto y moderación hallándose ya obstinada en conseguir por la fuerza lo que pretendía; pero hubo de ceder, mal de su grado,

A las instancias de Apolo, y dejándole en la escalera, se remontó al techo, para anunciar su venida.

A este tiempo empezó a notarse un rumor y conmoción general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que había tenido la erudita oración de su embajador; pero dando Mercurio un grande aullido desde allá arriba, les hizo callar y atender. Les dijo que Apolo iba a presentarse, que venerase en él al gran hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en caso alguna y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo, entonces, levantados en hombros de los más robustos, se dejó ver de la gente amotinada. Comenzó con semblante pacífico y agradable a persuadirles que dejando las armas se volviesen a sus casas a cuidar de sus mujeres e hijos, si los tenían. Que no creyesen que la nación perderías nada perdiéndoles a ellos; pues no sólo le harían una gran merced en quemar todos sus papeles y no volver a escribir jamás, ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, con un verdadero arrepentimiento de las travesuras pasadas, podían dedicarse a varios ejercicios honestos, y adquirir con ellos una subsistencia segura. Que abandonasen para siempre la negra erudición enciclopédica que tanto les había trastornado la racionalidad y tan ridículo papel les había hecho a hacer en estos últimos años a los ojos de la Europa culta; y sobre todo abjurasen de buena fe el error de haberse creído poetas.

Iba a agregar algo más, pero fueron tales los berridos que resonaron en el zaguán, los gritos y amenazas, que Apolo, temiendo algún insulto de parte de aquel populacho, bajó a toda

prisa del trono racional en que estaba encaramado y comenzó a echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguía, entretanto, la gritería y el tumulto de los enemigos, y el endiablado entuerto corría de un lado a otro, atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le había hecho y el poco aprecio que le merecían las doctas fatigas de tantos sabios.

Decían: «No es Apolo, son ardidés de Mercurio que piensa burlarse de nosotros tomándolo a fiesta y tararira; que venga el hijo de Latona, que venga, el nos conocerá y nosotros le adoraremos, como hijos obedientes suyos».

Mercurio, entonces, se metió entre los suyos; repitió las órdenes, previno los casos y sin que se diera señal de combatir comenzó la batalla, poniendo en uso los de Apolo nuevas armas, de que se habían prevenido.

Llovían librotes sobre los literatos intrusos, unos viejos, rotos y despilfarrados; y otros nuevitos y en pasta, con papel de Holanda con láminas y elogios ultramontanos, y notas y animadversiones. Esta descarga desordenó las primeras filas enemigas, no sin pérdida de sus gentes, pues aseguraron algunos sujetos fidedignos, apoyados en redacciones auténticas, que pasaron de veinte los que cayeron derrengados, cinco tuertos, descalabrados nueve, y trece o catorce contusionados o aturcidos.

Con esta pérdida se notó algún desfallecimiento en aquellas tropas y nuevo espíritu en los de Apolo, que no dudaban ya de combatir cuerpo a cuerpo para concluir de una vez aquella empresa; bien que los jefes procuraban contenerlos, conociendo cuán cerca de la temeridad está el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pero a este tiempo ocurrió un accidente que puso a los de la escalera en grave peligro de perderse; porque acabada que fue la primera descarga, vieron venir en retorno por el aire *el tenebroso Macabeo de Silbeira*, que arrojado por robusta mano parecía una bala de cañón, según el ímpetu que tenía; hirió de paso, aunque levemente, a Luis Barahona de Soto, y volviendo de rebote, dio tal golpe en el pecho tierno Garcilaso, que sin ser poderoso a resistirle,

cayó aturcido sobre las gradas y tuvieron que retirarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola, que se hallaba cerca, lleno de indignación y de dolor por la desgracia de su dulce Laso, agarró seis o siete tomos que vio a sus pies y con no vista fuerza los lanzó al enemigo. No bien llegaron allá los *Comentarios de Góngora*, que ésta era la gracia de tales volúmenes, cuando se conoció el horrible estrago que habían hecho en el cuerpo izquierdo de los contrarios; lo que advertido por los de Apolo, se adelantaron algunos a querer seguir hacia aquella parte, la derrota; pero así que se alejaron de los demás, se vieron rodeados de enemigos, y cortado el paso a la escalera; dieron y recibieron golpes crueles, y con no poco trabajo pudieron volverse a incorporar a sus líneas, sufriendo mucho en la retirada, que tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó a Cristóbal de Vinués que pasase a gobernar el de la derecha, y remediando con prontitud el desorden, prosiguió el combate. Mercurio sostenido por sus borceguíes, observaba desde allá arriba lo que pasaba en ambos ejércitos; y vio que del contrario se retiraban hacia el patio asaz dolientes y mal heridos; otros se ocupaban de conducir a algunos a quienes se les iba introduciendo la forma cadavérica por las narices adelante; y otros muy diligentes ejercitaban su caridad e inteligencia médica en dar alivio a los lastimados. Les limpiaban las heridas, les apretaban los chichones con cuartos segovianos, colocaban por su orden los dientes y muelas que habían perdido, en su primer asientos y usaban varios remedios, ni muy costosos ni muy eficaces, que se reducían a gran cantidad de telas de araña, pegotes de lodo y pan mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea saliva, orines y buenas razones.

Observado esto, partió hacia la escalera para dar aviso y ordenas lo que convenía; preguntó por su hermano y le dijeron que había desaparecido con las Musas y todas las demás mujeres. Esta fuga dio que sospechar a Mercurio; pero a breve rato quedó satisfecha de la inocentísima conducta de Apolo; porque uno de los poetas que había ido a rebusca de libros vino diciendo que en la cocina se estaba guisando una porción de mixtos y que el dios imberbe tenía

recogidas tantas y tales armas, que si llegaba el caso de poder arribar al patio de los pedantes, era indubitable su destrucción.

Mercurio, complacido, dijo que debía hacerse ahora mismo el último esfuerzo par conseguirlo. Mendoza que manda el ala izquierda, sostenido por el conde de Rebolledo, avanzará a viva fuerza sobre la opuesta de los enemigos, a fin de amontonarlos en aquella parte y marchará en buen orden siempre hacia el patio describiendo un cuarto de círculo, que en llegándolos a sacar del portal, se les vuelva presentar por frente toda la línea.

Mientras esto se verifica, el centro y el ala derecha se mantendrá sobre la defensiva y avanzarán o se detendrán según que el ala izquierda se detiene o avanza.

Así se empezó a ejecutar, cargando don Diego de Mendoza y Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que los recibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la refriega no era de burlillas sino de toca ropa, no dejaron de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bartolomé Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpazo que le dieron con *Los reyes nuevos* del famoso Lozano; Quevedo, que aunque ya estaba herido quiso volver a hallarse en la lid, tuvo que retirarse más que de prisa con la cabeza llena de tolondrones y un arañazo en el rostro que le hacía derramar no poca sangre; y el mismo Mendoza, aunque peleaba valerosamente, no dejaba de resentirse de un latigazo que le había sacudido en la pierna izquierda un poetita ridículo autor de siete comedias góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables a no poder más, y todas impresas por suscripción, con dedicatoria y prólogo.

Pero a pesar de estos accidentes inevitables, vio Mercurio la ventaja que llevaban los suyos, y pareciéndole ocasión, hizo una señal, que al observarla don Alonso de Ercilla gritó en alta voz: «*hijos, ya es tiempo, descarga y al patio*».

Corrió la orden y al repetir la línea «*descarga y al patio*» comenzó a caer tal granizo de libros sobre los pedantes que desde luego los menos doctos reconocieron inevitable la ruina.

¿Como la podrían evitar, si al rumor confuso de los alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalón la batería incesante de libros, parecía que el palacio y el cielo mismo

se desplomaban sobre aquella gente? Allí volaban a decenas, a cientos, enormes cuerpos de medicina bañados en sangre; allí las historias sacro-profanas de imágenes aparecidas; allí tomos gigantescos de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompían en el aire contra otros no menos disformes de sermonarios, crónicas de religiones, y disputas ridículas, en las que se veía embrollada hasta el último punto, la más breve, la más clara, la más santa de todas las doctrinas, y unos y otros caían después con espantoso estruendo, aplastando cuanto debajo de sí encontraban; allí entre los pesados e indigestos genealogistas, cruzaban los comentadores, glosadores e intérpretes del derecho, con sus tratados, autoridades y escolios llenos de oscuridad y confusión babilónica; y allí, por último, salieron a volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas.

No hubo entonces resistencia: los eruditos huyeron al patio, no hallaban salida por otra parte y Mercurio alegre en extremo de ver logradas sus ideas, comenzó a revolar sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Le pareció que era tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenía consultada con Apolo, y se había aprobado de común acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso a los pedantes, que hallándose cerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo que le parecía una tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir garrotazos y trompadas y nada bueno se ha conseguido.

Mientras seguía la inútil refriega, Mercurio y los suyos les decían que se rindiesen, como algunos de ellos lo habían hecho, incluso el embajador tuerto, que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja, porque si adelante seguían perecerían todos sin remedio.

No estaban ellos en estado de venirse a buenas, hasta que llegándose la mayor parte de ellos a unas breñas escarpadas y altísimas a breve rato comenzaron a rodar por ellas, agarrados unos a otros, dando aullidos, se precipitaron en una gran laguna que está al pie de aquellos peñascos, y se forma en las vertientes de Castilla.

Los pocos que anda iban descarriados por varios andurriales se libraron mejor porque cayeron en manos de los de Apolo: recibieron todo agasajo y buena asistencia; se les cataron las heridas y fueron tratados con más amor que su ignorancia y su soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos y todos los de la casa no se hartaban de dar gracias al cielo por tan feliz victoria.

Después de pasado el turbión de visitas y enhorabuenas, se trató que convenía hacer con los vencidos.

Cascales, Cervantes y Luzan se encargaron de examinarlos separadamente para ver a cuántas estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, después de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen a sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso y sendas cestillas en que se les puso una ración de pan, queso y pasas; y a los más contritos, por vía de ayuda de costa, repartieron las caritativas musas de propio caudal, unos cuantos maravedíes.

A los restantes, incluso el tuerto, que a juicio de los jueces eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan en cueros como siempre y tan sabios como la madre que los parió.

El sarcasmo de este genio literario fue despiadado y naturalmente cosechó la animadversión de sus destinatarios. Leandro, como antes Goldoni, se alimentaría en su vejez con el amargo pan del destierro. También sus restos reposarían en la ingrata tierra de un camposanto extranjero.

5. Hamlet.

Ignoro qué conocimientos anteriores poseía Leandro del idioma inglés, máxime que por voluntad de su padre no siguió estudios superiores sino que fue ocupado en un taller de joyería como orfebre. Lo cierto que su breve estada en Londres, menos de un año, le sirvió, no solamente para dominar dicha lengua, sino también captar la psicología de un pueblo tan diferente del español

por diversos motivos políticos, culturales y religiosos; interiorizarse de sus costumbres e ilustración, desentrañar la intimidad del conflicto del príncipe de Dinamarca; descubrir los defectos de las traducciones francesas, y, finalmente mostrar al protagonista según la clave española.

Utilizaré a ese efecto la aguda página que escribió con el título de Advertencia, que me permití extractar.

Su juicio no es indulgente, más bien riguroso en extremo, cercano al de Voltaire. Reconoce que la tragedia es una de las mejores de Shakespeare y de las que con mayor frecuencia y aplauso público, se exhibe en los teatros de Inglaterra. Pero de inmediato afirma que sus bellezas admirables, y los defectos que la manchan u oscurecen sus perfecciones forman un todo extraordinario y monstruoso, compuesto de partes tan diferentes entre sí, por su calidad y mérito, que difícilmente se hallarán reunidas en otra composición del autor y de aquel teatro. Y, por consecuencia, ninguna otra hubiera sido más a propósito para dar entre los españoles una idea del mérito poético de Shakespeare, y del gusto que reina todavía en los espectáculos de Inglaterra.

En un tono, por momentos dubitativo, y en otros, escéptico, Moratin divisa la existencia de una acción grande, interesante, trágica, que anuncia por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de conmoción y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido; en otras se debilita, por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados e inútiles y vuelve otra vez a levantarse y adquiere todo la agitación y el movimiento trágico, que le convienen. Para caer después y mudar repentinamente de carácter, haciendo que aquellas pasiones cesen y den lugar a los diálogos más groseros, capaces sólo de excitar la risa del vulgo. Llega el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata, amontonando circunstancias inverosímiles que destruyen toda ilusión, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interés y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados a sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y

filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulación, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozamiento.

El criterio de Moratin, atraído ya por la levedad sarcástica de Moliere, frente a tamañas muestras de crueldad, incomprendimientos y muertes violentas, le obligó a ceñirse, en nombre de la cordura, a la mayor prudencia. Explicó al efecto que como traductor ha asumido la obligación que se impuso de mostrar el carácter dramático de Shakespeare, como es en sí, no añadiéndole defectos, ni disimulando los que halló.

Argüirá que para traducirlo bien no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni la alteración que en él ha causado el espacio de dos siglos, sin identificarse con la índole poética del autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él en sus caídas, adivinar sus misterios, dar a las voces y palabras, arbitrariamente combinadas por el autor inglés, el mismo significado que él quiso que tuvieran. Y hacer hablar en un español puro a un extranjero, cuyo estilo, a veces fácil y suave, otras enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras oscuro, ampuloso redundante, no parece producción de la misma pluma; a un escritor que ha fatigado a muchos literatos de su nación, empeñados en ilustrar y explicar sus obras; lo cual, en opinión de ellos mismos, no se ha logrado como era menester.

Estos inconvenientes no desanimaron Leandro Moratin, quien dejó en claro que en España no se tiene idea de los espectáculos artísticos de Inglaterra, ni del mérito de sus autores. No se amedrenta: otros le seguirán y superarán pero mientras tanto confía que sus defectos hallarán alguna indulgencia por parte de aquellos que reúnan los conocimientos y estudios necesarios para juzgarle.

Revela que tampoco ha encontrado en las traducciones que hicieran los extranjeros de esta tragedia el auxilio que debió esperar. M. Laplace imprimió una traducción del gran trágico inglés, que a pesar de sus defectos no dejó de tener aceptación hasta que M. Letourneur publicó la suya, dedicada al rey de Francia, seguramente muy superior, sostenida por el partido

poderoso de aquellos a quienes la reputación de Voltaire atropellaba y ofendía.

Y Letourneur nada omite para disimular las deformidades de Shakespeare dando como resultado –opina con rigor– una traducción pérfida y falaz.

Lejos de ambas, él ha formado su traducción sobre el original mismo y a esas versiones las ha mirado con la desconfianza que debía, prescindiendo de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejorar a Shakespeare, con el pretexto de interpretarlo: Coincidiendo por necesidad con los traductores franceses cuando los halló exactos y apartándose cuando no lo son.

Las notas que acompañan a la tragedia son obra suya. Insta finalmente a debatir las cuestiones literarias para dar a los buenos ingenios españoles una ocupación digna, si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las letras humanas, los pocos alumnos con que cuenta la buena poesía y el merecido abandono y descrédito en que ven cayendo las producciones modernas del teatro.¹⁶

Convengamos estimados lectores en que Leandro era un escritor detallista y escrupuloso, a menudo exagerado en sus correcciones, al extremo de comprometer alguna vez la claridad de su discurso.

En esta ocasión tuvo en cuenta la división en actos del autor, para ordenar sus disquisiciones. Recuerda en primer término que el dramaturgo isabelino halló el argumento de su tragedia en la antigua historia de Dinamarca: *Una delectación en lo fantasmagórico, fabuloso e increíble, como corresponde siempre a hechos de épocas tan remotas.*¹⁷

Nos relata que Ronrico gobernó en Dinamarca entre 3370 y 33390. Le sucedió Horvedilo, su yerno, que se había hecho famoso por la victoria que obtuvo sobre Coiler, rey de Noruega, a quien mató en singular combate, pero gobernó por poco tiempo porque

¹⁶ [BAE Tomo Segundo](#), pp. 473/475. Madrid 1846.

¹⁷ He introducido ligeras modificaciones. Respetando la orientación que le diera Leandro, que en esta primera nota describió el argumento y en las sucesivas apostillas añadió, en lo esencial, sagaces explicaciones en particular de las traducciones francesas.

Fengo su hermano lo mató alevosamente, casándose después con su cuñada Gerutha, hija de Ronrico.

Hamlet, hijo de Horvedilo y Gerutha, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco para disimular mejor de sus designios aunque no pudo ocultarlos de tal manera que su tío no llegase a sospechar que la demencia era ficción. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa joven fuera un bosque donde Hamlet pasaba algunas horas y hablase con él, pensando que al verla depondría toda disimulación y daría lugar a que se notasen sus palabras y acciones los que debían ocultarse en la espesura y presenciar el suceso. Pero ya sea que alguno le advirtió de antemano o su prudencia lo sugiriese Hamlet no dio señal alguna de juicio mientras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta cautela, pensó el rey en otra que le salió mucho peor. Se ausentó de la corte por algunos días y dispuso que un confidente suyo se ocultase en el cuarto de la reina, para que cuando Hamlet fuese a visitarla le observase cuidadosamente.

Vino en efecto el príncipe y empezó a hacer locuras, como acostumbraba meneando los brazos, cantando como un gallo y examinando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama; le hirió con la espada y arrastrándole de allí lo mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer y se los dio a comer a los puercos. Volvió después a verse con su madre y asegurado ya que no había espías que le oyesen le reprendió severamente haberse casado con el matador de su padre, declaró el motivo de su fingida locura y la firme resolución en que estaba de vengarse, haciéndola prometer por último que a nadie revelaría ese importante secreto. De regreso el rey y visto el fracaso de sus intentos, buscó la forma de librarse de Hamlet por cualquier medio y a tal efecto lo envió a Inglaterra acompañado de dos consejeros suyos, a quienes dio cartas para el rey en que le rogaba que así Hamlet llegase, le hiciese matar. Éste durante el viaje, mientras sus compañeros dormían, logró apoderarse de los despachos que llevaban y al ver lo que se trataba en ellos, borró lo que quiso y escribió encima expresiones tan diferentes de las suprimidas que así que leyó las cartas el rey de

Inglaterra hizo ahorcar a los consejeros y acogió al príncipe con extraordinarias muestras de amor y de allí a poco tiempo le casó con su hija.

Un año después de este suceso volvió Hamlet a Dinamarca y halló, que habiéndose esparcido la voz que era muerto, se celebraban sus funerales. Llegó a tiempo de asistir a un banquete que daba el rey a los señores de la corte. Hamlet en el desorden y alegría de la mesa logró emborrachar a todos los grandes; cuando los vio en estado de no poder moverse, dio fuego al palacio y fue al cuarto donde estaba durmiendo el rey y le atravesó el cuerpo con su propia espada. Convocados después los nobles del reino, justificó ante ellos su conducta, le proclamaron rey y ocupó el trono, hasta que habiéndose rebelado Vicleto, gobernador de Seelandia, murió a sus manos en una batalla, año de 3450 del mundo, 550 antes de Jesucristo, según el cómputo vulgar.

6. El si de las niñas.

Como se señala en la Advertencia se presentó en el teatro de la Cruz el día 24 de enero de 1806 y si puede dudarse cuál sea la comedia del autor más estimable, no cabe duda que ésta fue la que el público español recibió con mayores aplausos. Estimo que el argumento se sustenta en sensaciones juveniles del autor que vio frustrado su amor adolescente por una vecina, que, en definitiva, se casó, según las convenciones sociales de la época, con un hombre mucho mayor. También no corresponde olvidar las dolorosas viruelas infantiles que afearon el rostro de Leandro y deterioraron su temperamento inquieto y festivo de su lactancia y primeros años.

Es una comedia en prosa, de marcado estilo neoclásico: unidad de tiempo y de lugar, profundo espíritu ético y moral manifiesto en cada uno de los personajes: Don Carlos, sobrino de don Diego; doña Francisca, doña Paquita; doña Irene; Rita; Simón, criado de don Diego; Calamocha, criado de don Carlos. Se nota un ponderado equilibrio de protagonismo de los personajes, movidos siempre por principios y no por intereses. Puede atisbarse un prudente asomo de feminismo.

La escena se desarrolla en una posada de Alcalá de Henares. El texto extraído de la versión publicada en la Biblioteca de Autores Españoles recogida de la escrita en 1825, indica que se presentó en el Teatro de la Cruz el 24 de enero de 1806; fue representada veintiséis días consecutivos hasta que se cerraron los teatros, como era costumbre, en tiempo de cuaresma. También fue representada en las Provincias, en tanto se repetían las ediciones impresas.

Lamentará después : ¡Cuánta debió ser entonces la indignación de los que no gustan de la ajena celebridad, de los que ganan la vida buscando defectos en todo lo que los otros hacen, de los que escriben comedias sin conocer el arte de escribirlas, de los que no quieren ver descubiertos en la escena vicios y errores, tan funestos a la sociedad como favorables a sus privados intereses!¹⁸

Se gún mis consideraciones, aunque no estaba comprometido ningún dogma ni principios de la moral cristiana, acaso se insinuaba para ciertos ámbitos literarios y religiosos algún olorillo del jansenismo español, que dio motivo a una denuncia ante el tribunal de la inquisición. Un ministro cuya principal obligación era la de favorecer los buenos estudios, hablaba el lenguaje de los fanáticos más feroces y anunciaba la ruina del autor del *Sí de las Niñas*, como la de un delincuente, merecedor de grave castigo.

El leal Moratín, recuerda agradecido que la tempestad que amenazaba se disipó a la presencia del Príncipe de la Paz: su respeto contuvo el furor de los ignorantes y malvados hipócritas que no atreviéndose entonces a moverse, postergaron su venganza para ocasión más favorable.

7. Orígenes del teatro español.

Prólogo (resumen).

El Prólogo que precede a su Discurso sobre los orígenes del teatro español es, en realidad, una síntesis de las concepciones y hasta de los prejuicios de Moratín contra todos los autores que le

¹⁸ Resulta casi ocioso relacionar estas líneas con las páginas satíricas de la derrota de los pedantes.

precedieron, por instantes injustificados cuanto radicalmente erróneos. De todos modos merece que realicemos una lectura atenta de sus dichos, sus fundamentos y sus conclusiones, para estar habilitados a impugnarlos o coincidir con ellos.

En primer lugar afirma el autor que no se ha escrito hasta ese momento una historia del teatro español y fija entre sus razones la molesta fatiga de buscar los documentos relativos desde su origen hasta el siglo XVI, que ha debido retraer a muchos que por su talento y su buen gusto, hubieran sabido desempeñar esta difícil empresa.

Asimismo la maravillosa abundancia de autores dramáticos del siglo XVII y el crecido número de sus obras, añaden a la necesidad de conocerlos, la de clasificarlos, compararlos y juzgarlos con la rectitud que pide la buena crítica.

Cultivada en el siglo anterior y en lo que va del presente la poesía teatral, siguiendo unos el ejemplo de los que les habían precedido, y ateniéndose otros a los principios que conoció la antigüedad y ha restablecido el gusto moderno, se hace indispensable un estudio particular para distinguir el mérito respectivo de obras que pertenecen a escuelas tan opuestas entre sí. Ni es conveniente para este examen aprovecharse de lo que juzgaron los coetáneos acerca de ellas; porque en el choque de las opiniones que sostenían, muchas veces dirigió su pluma la parcialidad y muy pocas la inteligencia.

Tras lamentar la ingerencia nociva del poder y los diferentes gobiernos y autoridades memora que cuantos escribieron acerca de la dramática española no escapa de algunas indicaciones sueltas, mal ordenadas e incapaces de satisfacer la curiosidad de los que ansían una historia del teatro. Copiadas más tarde, repetidas sin sentido de coherencia y sobre tan endebles fundamentos se compusieron libros enteros llenos de sofismas y errores, se clasificaron obras jamás vistas; llegó un tiempo de apologías y apoyados por defensores ignorantes de nuestro crédito literario.

Falta pues, a la cultura de la nación una historia crítica del teatro, empresa tan superior a mis débiles fuerzas, pero me he atrevido a presentar un resumen crítico de los materiales que he

acumulado en mi juventud con constante diligencia, para presentar hoy al público una obra que ilustre sobre los orígenes del teatro español.

En las notas que acompaño cree haber dado pruebas de todo lo que afirma y a continuación de ellas sigue un catálogo histórico-crítico de piezas antiguas, el primero que se ha publicado de este género. En él se da razón de ciento sesenta composiciones dramáticas, todas anteriores al tiempo en que Lope de Vega comenzó a escribir. Hablo del mérito de la que he tenido a la vista, hago mención de sus bellezas y sus defectos, cito a la letra los pasajes sobresalientes de muchas de ellas y no me olvido de copiar aquellos que merecen severa censura.

Refiere con notorio resquemor por experiencia propia, que sabe muy bien como se desacredita una obra excelente, citando sólo sus faltas, y como se recomienda otra de poquísima estimación, entresacando de ella los pasajes en que el autor, sin mérito suyo, acertó por casualidad. Pero, ha querido apartarse de uno y otro extremo: ni una apología ni una acriminación de nuestro teatro, sino una historia crítica de sus orígenes, presentándolo tal como fue, teniendo en cuenta que los extranjeros (yo añadiría las ulteriores generaciones) necesitan dicha colaboración para salvar los errores contenidos en los diccionarios biográficos. Aseguró en tal sentido que ha puesto la fecha con absoluta certeza y que en su catálogo sólo se incluyen las piezas dramáticas que se representaron o pudieron representarse en los teatros de la nación privados o públicos. Y a continuación del catálogo sigue una colección de piezas de teatro, elegidas según le pareció conveniente, para presentar lo más digno de aprecio que nos queda de los más antiguos dramáticos, así en prosa como en verso, de todos los géneros que se cultivaron entonces.

Previene que las únicas alteraciones que ha practicado en ella es poner títulos a algunas piezas que no lo tenían; indicar el lugar y las mudanzas de escena; dividir en actos dos comedias; suprimir algunas líneas de diálogo, por ser enteramente ocioso lo que en ellas se dice; o porque la oscuridad del sentido anuncia que el impresor estropeó por descuido o no llegó a entender el original. El

texto que presento, puntualiza cuidadosamente, es todo de los autores, no hay ni una sílaba añadida a lo que ellos escribieron.

Concluye afirmando que hubiera deseado hacer una colección más crecida, pero considera que la que ha realizado es suficiente para el fin que se propuso.

Suerte de sus ideas después de su deceso.

Anterior y concordante presencia de su padre, don Nicolás Fernández de Moratín.

Silvela asegura que después de su muerte las ediciones de sus obras se reprodujeron con rapidez así en Francia como en España. La Academia de la Historia quiso honrar su fama europea, cuidando de darlas a luz aumentadas con los orígenes del teatro español, que adquirió y facilitó Fernando VII; en algunos pasajes alteró el texto por respetos que ya no existen, y en sus elogios le tributó el homenaje que permitía la condición de los tiempos.

A más de los escritos sueltos y recopilados, existen otros trabajos suyos, ahora de propiedad particular, que no han visto la luz pública, entre ellos, las observaciones hechas en sus primeros viajes y una voluminosa correspondencia literaria. Salió bajo su nombre y dudamos – reclama su biógrafo – que fuera con su anuencia, una traducción del *Cándido* de Voltaire. Algunas composiciones se le atribuyen con más o menos probabilidad: faltando su conocimiento, serían precisas algunas pruebas para considerarlas auténticas. Ya hemos dicho – prosigue _Silvela – que después del *Si de las niñas*, tenía trazado el plan de otras comedias, que abandonó por motivos de disgusto, superiores a su valor, y no desvanecidos por los acontecimientos sucesivos. Con mayor tranquilidad de espíritu hubiera sin duda enriquecido con nuevos tesoros nuestra literatura.

Si fue severo con la obra de los demás, no era más benévolo con las propias. Cuando manifestaba satisfacción por lo que había escrito, este natural movimiento no era de vanagloria, sino de fe en sus principios. Así es que corregía y limaba sin cesar con una minuciosidad escrupulosa y descontentadiza, unas veces con

acierto y otras con desgracia, como pintor que suavizando los contornos les quita la rústica pero varonil energía de su primera concepción.

Moratin, según Silvela, llevó a feliz remate la empresa acometida por su padre de variar el gusto y las ideas del público, y de reformar el teatro nacional, según los principios del puro clasicismo que ardientemente profesaba. Se halló solo en esta empresa, pues en aquella época no se presentaron ingenios capaces de ayudarle en tan difícil tarea, y cuando él desapareció, al instante se relajaron las severas reglas que había prescrito con la discusión y con el ejemplo.

En la literatura estaban concentradas todas las fuerzas de su actividad intelectual; sólo en este campo era esforzado: hombre, aún jefe de partido, lo dirigía pero no lo acaudillaba. Tuvo innumerables admiradores, pocos secuaces y ningún discípulo. Retirado, frío, casi esquivo, concedía difícilmente su intimidad; pero una vez concedida, la prodigaba sin tasa. Conocía a fondo la sociedad, como que tan al vivo la retrató; pero se mantuvo de ella a respetuosa distancia, para mejor observarla, desde todos los puntos de vista.

Variarán las opiniones sobre los medios de agradar y conmover; pero Moratin, que agradó y conmovió, será siempre venerado como uno de los grandes maestros del arte, como un autor de inmensa influencia sobre su siglo, como el Moliere español.

Creo, en desmedro parcial de tales conceptos que su biógrafo entusiasta y apasionado, no profundizó la exploración de su doctrina teatral. Tampoco las motivaciones individuales de cada uno de los Moratin con relación al teatro barroco de Lope y de Calderón y su insistencia majadera de resistirles como clásicos, en el sentido de principales y permanentes. El padre no alcanzó a atraer los públicos y de ahí la explicación de su dramaturgia nonata. El hijo sutil y más flexible bajo la influencia del gran Moliere, a quien tradujo y también adaptó en señaladas oportunidades, hubo de convertirse en el gran autor teatral de su siglo, pero sin alcanzar las cimas de Lope y Calderón: su vena predominantemente satírica, transmitió despechos, criticó costumbres y actitudes, más por

diversos motivos ocasionales o fortuitos, resultó menguada, sin haber alcanzado la dimensión universal de sus predecesores barrocos.

Ello no en menoscabo del formidable lírico que fue y prueba de ello es su excelsa

9. Elegía a las Musas.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta constante lira y flautas de oro,
Y máscaras alegres, que algún día
Me disteis Sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle,
He visto ya como la edad ligera,
Apresurando a no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al numen.
Se que negáis vuestro favor divino
A la cansada senectud y en vano
Fuera implorarte en tanto, bellas
Ninfas del verde Pindo, imitadoras,
No me neguéis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí . Si pude un día,
No indigno sucesor de hombre ilustre,
Dilatarle famoso, a vos fue dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo.
A prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente,
Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambición, la patria mía
Abandonaron a civil discordia.
Yo ví del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer tiranos;
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.

Vi las fraternas armas de nuestros muros
Bañarse en sangre nuestra, combatirse
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Ímpetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desorden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el vesubio en humo denso y llamas,
Turba el averno sus calladas ondas
Y allá del Tíber en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia,
Que al vicario de Cristo da sepulcro.
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso, acordes armonías,
Oyendo resonar el grito de muerte?
Tronó la tempestad; bramó iracundo
El huracán, y arrebató a los campos
Sus frutos, su matiz; la rica pompa
Destrozó los árboles sombríos;
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas
No más trinos de amor; Así agitaron
Los tardos años de mi existencia, y pudo
Sólo en la región extraña el oprimido
Ánimo hallar dulce descanso y vida.
Breve será que ya la tumba aguarda,
Y sus mármoles abre a recibirme;
Ya los voy a ocupar... Sino es eterno
El rigor de los hados y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto y mi postrer suspiro

Será por ella...Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral Musas celestes;
Y donde las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

Estimación final.

Nicolás Fernández de Moratin asumió en su corta vida la tarea de propiciar una perspectiva renovadora de la cultura española; de una dramaturgia adocenada y corrompida de su tiempo y propuso un retorno al teatro clásico y sus reglas inalterables. Autor de tragedias, nunca representadas: «Lucrecia»; «Hormesinda» y «Guzmán el bueno», vinculadas, en plena vigencia de las ideas del despotismo ilustrado, al ejercicio justo y legítimo del poder y del monarca, cuya función es promover el bien público y el bienestar de los vasallos frente a la tiranía y la arbitrariedad que utiliza la fuerza del poder para satisfacer su gusto y el placer personales. A su vez Leandro, su hijo, fue un talento superior infatuado de su ingenio y capacidad intelectual. Mordaz. Despiadado en sus juicios. Nada escapó a su acerada crítica. Cosechó envidias y enemigos por doquier y su prédica ética y conceptual muchas veces dejó entrever una inocultable inquina contra el éxito clamoroso del teatro barroco. Su relación con sacerdotes de ideas heterodoxas y convicciones arraigadas, acaso jansenistas, atrajo la mirada torva, otrora pavorosa del Tribunal del Santo Oficio: la Inquisición: ya debilitada en su tiempo, pero siempre amenazante y peligrosa. No fue feliz en su vida de relación por su temperamento apocado, poco comunicativo y a la vez hiriente. Murió angustiado en el destierro. Estaba convencido y no lo ocultó y procuró paliar su ausencia, que faltaba en España una historia crítica de su teatro, nudo neurálgico, conforme sus inclinaciones personales, de la cultura humana, empresa que según juzgó inicialmente, superaba sus débiles fuerzas intelectuales. (Se trataba en realidad de un mero coqueteo de falsa

modestia) inocultable por tratarse de un hombre tan pagado de si mismo, que –contradictoriamente- a continuación de lo afirmado conoce que desde su juventud se ha aplicado a reunir y ordenar cuantas noticias pudo adquirir acerca del teatro, tanto en España como fuera de ella se persuadió, –afirma en el Prólogo- que incorporara sobre Los Orígenes del teatro español que podría ya formar con lo que tenía escrito una obra que ilustrase sobre los orígenes del teatro español. No intenta recomendar su trabajo ponderando la constante diligencia que supone la adquisición de materiales que forman el libro; la lectura que ha sido necesaria para ilustrarle, la meditación que ha precedido a sus dictámenes y el empeño nunca desmentido de hallar la verdad, rectificar las equivocaciones de los que le habían precedido, juzgar por si mismo, y presentar a los inteligentes un resumen crítico en el que manifiesta cual fue el origen de nuestra escena, cuáles sus progresos, y cuales fueron las causas que influyeron en las alteraciones que padeció hasta que Lope de Vega las autorizó con su ejemplo. Este es en compendio – proclama – el plan del discurso histórico que precede a todo lo demás.

En las notas que se acompañan cree haber dado las pruebas de cuanto en él se afirma con autoridades irrecusables, mediante las cuales se aclaran muchos puntos pertenecientes a nuestra antigua literatura mal entendidos hasta ahora o del todo ignorados.

Sigue a esto un **Catálogo histórico y crítico** de piezas antiguas –detalla- el primero que se ha publicado de este género. En él se da razón de más de ciento sesenta composiciones dramáticas todas anteriores al tiempo en que Lope de Vega comenzó a escribir. Habla del mérito de las que ha tenido a la vista, hace mención de sus bellezas y sus defectos, cita la letra los pasajes más sobresalientes de muchas de ellas, no se olvida de copiar aquellos que merecen severa censura. Reconocerá, aquilatando su propia experiencia, que sabe muy bien como se desacredita una obra excelente, citando sólo sus faltas y como se recomienda otra de de poquísima estimación entresacando de ella los pasajes en que el autor, sin mérito suyo, acertó por casualidad; él ha querido apartarse de uno y otro extremo. No ha querido hacer apología, ni

una acriminación de nuestro teatro, sino una historia crítica de sus orígenes, presentándole tal como fue durante la época a que se ha querido ceñir. Acompaña al examen de las obras la noticia de muchos de sus autores. En el orden que le ha dado a las piezas se observó toda la actitud que es susceptible. Habiéndole sujetado a la autoridad de escritores más inmediatos que hablaron de ellos, a las fechas conocidas de sus primeras ediciones y a las épocas que pudieron ser escritas y representadas. Explica que a continuación del catálogo sigue una colección de piezas de teatro, elegidas según le pareció más conveniente, para presentar lo más digno que queda de nuestros antiguos dramáticos así en prosa como en verso y en todos los géneros que se cultivaron entonces. Justifica que ha efectuado algunas alteraciones para que se pudiera entender el original afectado por omisiones o errores de impresión.

Concluido el examen del prólogo recordaré a continuación algunas partes esenciales del Discurso Histórico sobre los orígenes del Teatro Español.

Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español (facetas).

«El origen de los teatros modernos debe considerarse posterior a la formación de las lenguas que hoy existen en Europa; si se les quiere atribuir mayor antigüedad confundiríamos los con el teatro latino. Éste acabó cuando las naciones sujetas antes al imperio de Roma y después a los bárbaros, corrompida la lengua latina, formaron dialectos diferentes variándolos según la influencia física de los climas que habitaban, según la que pudieron ejercer en el régimen y propiedad, en la acepción y pronunciación de los vocablos o la introducción de otros nuevos, las gentes advenedizas que se mezclaron y confundieron con ellas»¹⁹

Señala que los visigodos que por espacio de tres siglos dominaron en la Península ibérica no dejaron sino algunas reliquias de su lenguaje primitivo sólo algunas palabras en tan corto número que no componen la milésima parte del castellano, debiendo añadirse a ellas el uso de los artículos, lo indeclinable de los

¹⁹ [BAE Tomo Segundo](#), p. 130. Madrid 1846.

nombres y alguna que otra alteración gramatical. Ni en códices, ni en monedas ni en mármoles se halla algún vestigio gótico: casi todo se habló y todo se escribió en latín.

Este idioma conservado en las obras estimables de los sabios, que florecieron en aquella edad, fue corrompiéndose con rapidez en la boca del pueblo y no es fácil averiguar cómo se hablaba a comienzos del siglo VII. Conquistada España por los árabes en el siglo VIII Y empezada en esa misma centuria su recuperación, el idioma vulgar fue apartándose cada vez más de su origen primitivo y enriqueciéndose con palabras, frases y modismos arábigos. Ya durante las últimas dinastías visigóticas, se habrían presentado piezas dramáticas en el lenguaje que usaba la multitud: mezcla informe del latín que se perdía y el romance que se iba formando. El proceso se aceleró a partir de los siglos IX y X y las conquistas de sucesivas regiones cristianas fueron acrecentando el uso del castellano que simultáneamente adquiría gradual corrección, propiedad y copia de palabras hasta que se halló capaz de vulgarizar en esa lengua a las leyes y la historia.

La poesía siguiendo los progresos del incipiente idioma, imitó por aproximación la medida de los versos latinos, supliendo la falta de cantidad con el uso de las consonantes y acompañada muchas veces de la música, y otras sin ella, sirvió para celebrar las alegrías privadas y públicas, o para recomendar a la posteridad las virtudes cristianas de los santos, o las acciones heroicas de los príncipes y capitanes.

Además de estas composiciones sagradas y profanas, había otras más cortas, cantadas al son de instrumentos por los juglares, gentes que hacían profesión de la música, el baile o la pantomima graciosa o ridícula, con lo cual se ganaban la vida entreteniéndolo al pueblo. También acudían a casas particulares y los palacios donde ejercían sus habilidades a presencia de los reyes y su corte.

No hay que buscar el principio de esta costumbre que se pierde en la oscuridad de los siglos. La combinación de los sonidos agradables, el canto, la risa, la danza, la imitación de la figura, voz y acciones características de nuestros semejantes son tan geniales

en el hombre, que en todas las edades y en todos los países habitados se encuentran más o menos perfeccionados por el arte.

Han sido inútiles hasta ahora las investigaciones de los eruditos que se lisonjearon de hallar entre las poesías de los árabes, o de los provenzales el origen de los teatros modernos de Europa y por consiguiente del español. Las costumbres de los árabes –anota especialmente- difícilmente pudieran conciliarse con los espectáculos escénicos. La servidumbre de la mujer esparce la vida doméstica de aquellos pueblos con una monotonía lánguida, que no puede prestarse al movimiento animado que el drama requiere.

El amor es entre ellos una pasión muy diferente de la que entre nosotros da lugar a variados efectos y a lances interesantes; y el amor es el elemento del teatro en todas las naciones que lo poseen. El más honesto galanteo sería para los árabes una liviandad insoportable. Por esto ellos, los árabes, aún en España, donde sus hábitos adquirieron cierta libertad, no conocieron la comedia, a no ser que demos ese nombre a los diálogos en prosa o verso de los que participan más de dos interlocutores.

En la biblioteca del Escorial se conservan dos obras de este género, ambas escritas por moros andaluces. Uno es un diálogo entre un juez y un abogado que hablan de cosas propias de su profesión; la otra es un diálogo donde intervienen más de cincuenta personas de diferentes profesiones que platican alternativamente acerca de las cuestiones que les son peculiares, sin que por eso haya a la vez en escena más que dos de ellos.

Menciona que el autor es un tal Muhammad Ben Alí, que según Camiri floreció en el siglo XIV de nuestra era y era natural de Vélez, Málaga.

Respecto de los provenzales cuyo idioma era mucho más pobre que el de los árabes, recuerda que no cultivaron el género dramático aunque sí composiciones poéticas peculiares de fecunda imaginación, prontamente imitadas por los demás pueblos de Europa. Según juzgó Leandro es inútil encontrar entre ellos los orígenes del teatro moderno.

Fue Italia la primera nación que después de la dominación de los bárbaros, cuyas dinastías desaparecieron a la vista de las armas

vencedoras de Carlomagno, donde se comenzaron ó a cultivar las perdidas artes.

Muchas circunstancias políticas contribuyeron a su opulencia e ilustración durante los siglos XI, XII y XIII. Venecia frecuentaba todos los puertos del Mediterráneo, trayendo por Alejandría todos los frutos de Asia; y desde Istria, Dalmacia y las islas que ocupó en el Archipiélago amenazaba con sus ejércitos y naves a la capital del imperio de Oriente.

Pisa, Florencia, Padua, Cremona, Luca, Siena, Génova y otras ciudades sostuvieron con variada fortuna, haciéndose florecientes por el comercio con el auxilio de la política y de las armas. Bolonia empezó a ser docta. Milán renaciendo de sus ruinas adquiría el nombre de espléndida; Amalfi se enriquecía con el tráfico y la industria, Roma después de algunos siglos en que fue común la ignorancia, gobernada por sabios pontífices, añadía a las donaciones de Pepino y de la condesa Matilde, los tesoros, que, con ocasión de las novedades introducidas en la disciplina eclesiástica empezaban a llevarle los negocios de todo el orbe católico.

Las Cruzadas, llevando al Oriente numerosos ejércitos, contribuían a la prosperidad de Italia, que suministraba en sus ciudades y sus puertos las armas, provisiones y los transportes necesarios para una expedición malograda y repetidas muchas veces.

Los mercados y las ferias que se celebraban frecuentemente propagaron la abundancia y el lujo y con ellas las fiestas y diversiones públicas. Se solemnizaban con magnificencia los desposorios de los príncipes, sus paces, sus coronaciones. Entonces comenzaron a renovarse las ficciones dramáticas que se habían perdido. Las autoridades eclesiásticas después de haber intentado varias veces la abolición de esas pantomimas burdas, reconocieron la ineficacia de las leyes contra la fuerza de la opinión y celebraban espectáculos en las catedrales. Con ello Unieron escandalosamente las libertades del teatro la pompa católica. Los mismos que predicaban en el púlpito y sacrificaban en el altar, divertían después a los fieles con bufonadas, y chocarrerías y depuestas sus

vestiduras sacerdotales, participaban disfrazados de rufianes y rameras.

Inocencio III a principios del siglo XIII prohibió severamente en estos espectáculos participaran clérigos, pero si en Italia y particularmente en Roma, la prohibición se aplicó, no consiguió suprimirse esta costumbre, escandalosa, en las restantes ciudades de Europa. Según Moratin no es posible fijar la época que pasó de Italia a España el uso de las representaciones, pero si se considera que a principio del siglo XIII eran ya intolerables los abusos que se habían introducido en ellas, puede suponerse con mucha probabilidad que ya en el siglo XI se empezaría a conocer en España y en toda la Península Ibérica. Nuestro autor recuerda en general esas representaciones como generalizadas durante diferentes monarquías, con motivo de variados fastos y ocasiones especiales y recuerda que algunos instrumentos de música fueron tomados de los árabes, los italianos y los franceses. En la coronación de Alfonso IV en 1328 se representaron composiciones de poetas y gracias de juglares, cantaron y bailaron, el infante don Pedro, hermano del rey, acompañado de algunos juglares varias composiciones escritas por el mismo infante.²⁰

Y desde el siglo XIV Moratin observa un movimiento teatral cada vez más importante, auspiciado por los monarcas Juan I, Enrique III y sus sucesores hasta la llegada de los Reyes Católicos, a partir de cuya época comienzan a ser pronunciados los nombres de ciertos autores más destacados. Juan de la Encina, Fernando de Rojas, Juan de Timoneda, Lope de Rueda, Cervantes, de quien dice que lejos de contribuir a la mejora del teatro se sirvió de él mientras la escena aguardaba la llegada de Lope de Vega para alcanzar su madurez. Lejos de contribuir a mejorarlo, como pudiera haberlo hecho, sólo atendió a buscar en él los socorros que necesitaba su

²⁰ Dada la índole de este ensayo y su destino de publicación en la Revista virtual "Cruz del Sur", me remito al texto contenido en la reiteradamente citada BAE Tomo segundo, pp. 130/164 y notas complementarias pp. 165/178 que sintetizo respetuosamente en el presente artículo, sin perjuicio de recomendar la lectura de la fuente original...

habitual pobreza, escribiendo como los demás y olvidando lo que sabía para acomodarse al gusto del vulgo y merecer su aplauso.

Hecho ya el teatro necesidad del pueblo y multiplicándose por todas partes las compañías cómicas, llegaron a establecerse en la corte, ocupando los dos corrales de la Cruz y el Príncipe, el primero construido en 1579 y el segundo en 1582.

Comenzaban a oírse con admiración los fáciles versos de Lope de Vega, aquel ser extraordinario a quien la naturaleza dotó de imaginación tan fecunda, tan afluyente de vena poética, que en ninguna otra edad le ha producido semejante.

Si con estas prendas no aspiró a la gloria que adquirieron en Francia algunos años después Corneille y Moliere. Es es esta la sola culpa que se le puede acusar.

Más tolerante que en otras ocasiones, a esa altura de su vida busca una justificación: **«El examen de sus obras dramáticas y las que escribieron imitándole sus contemporáneos, las innovaciones que introdujo Calderón dando a la fábula mayor artificio, los defectos, la belleza de nuestro teatro y su influencia en los demás de Europa durante todo el siglo XVII, su decadencia en el siguiente, los esfuerzos que se hicieron para su reforma, el estado en que se halla y los medios para mejorarle, darán materia a quien con mayores luces y menos próximo al sepulcro, se proponga continuar ilustrando esta parte de nuestra literatura que tanto puede influir en los progresos del entendimiento y en la corrección y el decoro de las naciones».**²¹

Con estas moderadas palabras y atinado juicio da por concluido don Leandro Fernández de Moratin su estudio sobre los orígenes y desenvolvimiento del teatro español. Lamentablemente olvidando toda mención de los dominios de América, como si no existieran. Sin embargo en ella, las antiguas Indias quedó no sólo el lábaro castellano, su sello, injusticias y crueldad, sino también el idioma, costumbres, religión; y en los instantes de madura reflexión y análisis hispano-americano y argentino, aparecen con nitidez, por ósmosis espiritual los frutos de su cultura, como un atisbo, un indicio necesario de nuestra idiosincrasia; prodigio que no se repite

²¹ [BAE Tomo Segundo](#), p. 164. Madrid 1846.

con las culturas precolombinas, aventuradamente originarias, que no conocieron la escritura, y en realidad ingresaron en la historia dentro del marco de la civilización española, que las propició, a través del genio mestizo del Inca Garcilaso de la Vega, natural del Cuzco y capitán de Su Majestad, autor de los «*Comentarios Reales*», *publicados en Lisboa El año MDCIX, hijo de una ñusta Chimpu Ocllo, después de bautizada: Isabel, y del capitán extremeño Sebastián Garcilaso de la Vega Vargas.*

Buenos Aires 5 de enero de 2015.
Eduardo Ricardo Pérez Calvo.